

EN UN PAÍS LLAMADO CHILE

CRÓNICAS

Juan Pablo Cárdenas S.

CENTRO DE FORMACIÓN
Memoria y Futuro

En un país llamado Chile

© Juan Pablo Cárdenas Squella

Centro de formación Memoria y futuro

Diagramación : Gloria Barros

Inscripción ISBN : 978-956-393-991-0

Primera Edición : Agosto de 2018

Prohibida la reproducción total o parcial, sin autorización.

Impreso en

Santiago de Chile, agosto de 2018

*“Cuando los que mandan
pierden la vergüenza, los que
obedecen pierden el respeto”*

G. C. Lichtenberg

Índice

Presentación	9
En un país llamado Chile	15
Fines y medios	19
La corrupción se izquierdiza	23
Un estado esclavista	27
La historia falseada	33
Las miserias que acosan al periodismo	37
Pasaporte para llegar al cielo	43
Los malos también mueren	47
Reforma educacional con pies de barro	51
Tan antiguo como el mismo celibato	57
Vargas Llosa es mejor con la ficción	63
Hay que tener Televisión	67
Tener <i>Imaginación</i>	73
Momios decentes	77

Un monumento para Pinochet	83
Una premonitoria advertencia	89
La explosión feminista	93
Una esclavitud tecnológica	99
Con las cárceles también se lucra	101
Viva el populismo	107
Obras son razones	111
Derribando mitos	119
Cheyre versus Cheyre	125
La Gran “mentira oficial”	131
(A modo de epílogo) Donde gobernar es obedecer	137

Presentación

En una arenga que me dedicaron al recibir un importante premio en Europa, el orador se refirió a mí como un “intelectual y escritor chileno”, lo que realmente me sorprendió mucho puesto que en nuestro país a los periodistas no se nos reconoce ni como lo uno u lo otro. Aquí somos simplemente periodistas, a pesar de que nos pasemos la vida reflexionando y escribiendo sobre la actualidad y, algunas veces, sumemos escritos y libros más que muchos reconocidos novelistas y ensayistas.

De Camilo Henríquez, el fundador o pionero del periodismo chileno, sí se dice que se trata de un intelectual, pero en realidad lo que más se le reconoce fue el hecho de ser un sacerdote lúcido y revolucionario para la época en que vivió, aunque su *Aurora de Chile* haya alcanzado, en realidad, bien pocas ediciones y páginas, y sus artículos solo hayan sido leídos y valorados por un limitado número de personas que a la sazón sabía leer y escribir, adoptando los valores de la Emancipación.

Con el tiempo fui apreciando que esta doble condición de “escritor” e “intelectual” en realidad se la otorgan a muchos colegas de todo el mundo que a su oficio de reportar la realidad dejan registradas también sus propias opiniones. Curiosamente, siempre constato que en las solapas de sus libros o al pie de sus escritos, es muy corriente que muchos autores se autodefinan como “escritor y periodista”; como “diplomático y periodista”, como “novelista y periodista”, o antepongan sus profesiones, dejando siempre en segundo o tercer lugar nuestro honroso oficio y condición.

Yo soy, sin embargo, de aquellos que siempre nos definimos, en primerísimo lugar, como periodistas. Incluso cuando muy eventualmente he hecho incursiones en la política u actividades de otra índole. De esta forma, aunque llegué a profesor titular de la Universidad de Chile y me desempeñé como senador universitario y director de la Radio y el diario electrónico de este plantel, siempre preferí ser identificado como el periodista Juan Pablo Cárdenas, a los que agregué con el tiempo la primera letra de mi segundo apellido, para evitar que le imputaran a mi hijo homónimo algunas de mis opiniones. Esta actitud, sin duda, me ocasionó algunos desaires de quienes en la universidad valoran muy especialmente su condición de “profesor” para agenciarse, así, la consideración de los demás, además de marcar distancia con quienes cumplen otros desempeños igual o muchas veces más relevantes que la de contar con tal reconocimiento académico.

Pienso que los periodistas tenemos algunas ventajas respecto de algunos escritores e intelectuales. Desde luego, nos

sirve mucho nuestra rutina tan estricta de trabajo y producción. Estamos obligados a hablar y escribir corrientemente todos los días o las semanas, según en medio en que oficiemos. Y ¡vaya que nos sirve esto si, además, debemos impartir clases y hablar en público!

En alguna ocasión, me sorprendí mucho al escuchar a un novelista decir que solo se proponía escribir un libro cada cinco años y que fácilmente dedicaba los últimos doce meses solo a corregir o perfeccionar lo que ya había escrito. Mi primera reacción frente a ello fue pensar cómo se aseguraría su subsistencia, si sus libros, por lo que sé, no los compran más de un millar de personas en Chile, lo que ya es bastante en un país como el nuestro, en que realmente se lee poco y cada vez menos. Después supe que este escritor era lo que en nuestro país llamamos un “hijito de papá”, por lo que podía darse este envidiable privilegio de escribir bajo el alero familiar y contratar, incluso, a esos notables editores que le corrigen y amononan las obras a varios de nuestros más presuntuosos personajes. Uno de ellos me dio detalles un día de lo mal que escribían algunos novelistas reconocidos y premiados. Y del fastidio que le provocaba no poder hacer sus propios libros. Mal que mal, de algo tenía que vivir...

Conozco a varios periodistas que se ganan la vida escribiéndoles libros a políticos, empresarios y otros, así como reconozco el mérito de otros distinguidos o distinguidas colegas cuyos textos de periodismo de investigación valen muchísimo más que varios “papers” o tesis de muchos académicos condecorados por magísteres y doctorados.

Puedo parecer temerario, pero yo nunca me he demorado más de dos o tres meses en escribir un libro y muchas veces he contado que cuando estudiaba periodismo vi a uno de mis buenos maestros escribir dos lúcidas carillas en menos de 10 minutos sin parar ni equivocarse. “Yo tengo que llegar a ser como él”, me propuse, entonces. Así como después, en Antofagasta, observe a Andrés Sabella escribir su *Linterna de Papel*, en El Mercurio, todos los días. Así estuviera enfermo o nos hubiésemos separado al borde del “toque de queda” impuesto por la Dictadura y hasta después de “bajarnos” varias botellas de vino en esas bohemias inolvidables que he destacado en varias oportunidades. Tomando tinto, por supuesto, porque, como muchos dicen, “el vino es tinto y el blanco, es blanco”.

Estoy consciente que con nuestro ritmo y nervio de trabajo muchas veces no tenemos mucho que aportar en algunas de nuestras columnas, entrevistas o crónicas, pero la llamada opinión pública sin duda se forma más por los medios de comunicación que por empolvadas tesis que repletan los anaqueles universitarios. Lo que simplemente significa que, más allá de su calidad, que cada cosa que hacemos es acogida por miles y miles de chilenos y extranjeros, ahora que las redes sociales han potenciado universalmente nuestro quehacer. Tributando, además, precisión en nuestros escritos, capacidad de síntesis, de lo que carecen muchos autores, a quienes se les pondera muchas veces su aporte por lo voluminoso de sus libros.

Entiendo que durante los diecinueve años que completé escribiendo en el Diario Universidad de Chile, en Punto Final, en el Clarín Digital y, antes, en Debate Universitario,

Análisis, Primera Línea y varios otros medios nacionales y foráneos he sumado unas tres mil columnas y más de una decena de libros. Hace rato perdí la cuenta, también, de cuántos prólogos, discursos y trabajos referidos casi siempre al periodismo y a la política a lo largo de mi vida. Sin embargo, me reconozco un verdadero adicto de la escritura y, por supuesto de la lectura y habitualmente me ufano frente a mis estudiantes de leer dos libros a la semana... Aunque muchas veces me engañe yo mismo escogiendo libros poco voluminosos para cumplir con este propósito.

Lo que me lamento realmente de mi avanzada edad es de lo que me voy a perder de observar y comentar, a pesar de que el mundo y nuestro país se han desbaratado en una ingrata y majadera cotidianeidad. Estoy cierto de que todavía tengo mucho de que escribir, aunque ya mi voz se haya apagado demasiado para sostener aquel comentario político matinal que sostuve por casi dos décadas. Les prometí a mis auditores y lectores que lo primero que haría al dejar estos afanes sería hacer un libro de crónicas. El género periodístico que, sin duda, más admiro y disfruto. Por influencia que reconozco en mi vocación de autores como Eduardo Galeano y otros brillantes periodistas, escritores e intelectuales de América Latina y del mundo.

Pero aquí está lo prometido. Ojalá que les gusten estas crónicas, género que acostumbramos a definir como el relato enjuiciado de los acontecimientos. Aunque lo que diga en ellas a muchos les cause disgusto o escozor. Lo que ciertamente me propongo causar también en lo que escribo y hablo. Siempre he dicho que no me gustan los ponderados, ni menos si son periodistas.

En un país llamado Chile

Un destacado periodista mexicano que nos visitó años atrás escribió que Chile era el país de los eufemismos, que aquí no se usan muchas veces las palabras correctas de nuestro idioma para describir una realidad. Que, en vez de pobres, por ejemplo, la política y los medios hablan de sectores “vulnerables”, así como cuesta mucho escuchar la palabra “indigente” para referirse a los que viven en la miseria.

No se sabe a ciencia cierta cuántas familias viven en lo que en el pasado conocíamos como poblaciones “callampas”, término muy apropiado, puesto que éstas surgían verdaderamente como hongos en cualquier lugar del país. En Argentina se las llamaba villas miserias, así como todavía en Brasil se les dice favelas.

En algún momento esta expresión “callampa” quedó excluida de nuestro lenguaje nacional y se la reemplazó por la de “campamento”, y ahora todas las autoridades usan este término para referirse a quienes viven o más bien sobreviven en este alto grado de precariedad, en casas levantadas

de improviso, sin servicios fundamentales, construidas con cartón, plástico y los más diversos escombros. Es decir, en la más brutal miseria.

Y como la pobreza y la marginalidad son términos feos e incómodos para un país que se siente en el umbral del primer mundo, con uno de los ingresos per cápita más altos del Continente, es que nuestros últimos gobiernos han sido incapaces de hacer un catastro real de cuántos seres humanos viven en estas condiciones. Aunque recién se reconoció que serían unas cuarenta mil familias, lo que equivale, más o menos, a unas doscientas mil personas.

Seres humanos que viven, ciertamente, con hambre, desnutrición, frío o calor y desempleados, por lo que es aquí donde pululan, además de las enfermedades, la promiscuidad y otras lacras, como el microtráfico y la delincuencia. Es cosa de recorrer el país para darse cuenta que las familias de esta condición pueden ser muchas más de las “que se estiman”. A las cuales hoy se les agregan, como callampas, también, los inmigrantes que en decenas de miles han llegado y siguen llegando a nuestro país atraídos por el llamado “sueño chileno”. Lo que sabemos es parte de las delirantes presunciones de nuestros políticos y economistas.

En contraste, en este país llamado Chile, las clases dirigentes están entre las más prósperas del mundo. Parlamentarios, ministros y ejecutivos empresariales que reciben sueldos cuarenta o cincuenta veces por encima del de los millones de trabajadores del empleo mínimo o promedio. Tanto es así que ellos mismos ahora empiezan a demostrar vergüenza y

miedo, cuando aprecian las tensiones sociales que cunden día a día, los portonazos, los asaltos a las viviendas y los crímenes a calle traviesa. Mucho nos tememos, sin embargo, que La Moneda y el Parlamento tomen varios años en corregir estas inequidades. Ruborizados como debieran estar, además, por la forma en que los más grandes y poderosos empresarios escapan libres de sus actos de cohecho y colusión. Con discretas multas y penas remitidas por burlarse de una de las principales premisas del mercado: la libre competencia.

Entre los parlamentarios recién investidos se concuerda que todos ellos debieran rebajarse sus sueldos, de tal manera que ganen solo unas veinte veces más que el común de los asalariados. Pero siempre que no pierdan un conjunto de regalías y privilegios que estiman propios para el buen funcionamiento de las tareas que ejercen los abundantes “representantes del pueblo”, que en Chile son muchos más respecto del tamaño de nuestra población. Además de repartirse en dos cámaras legislativas de lo cual habitualmente resulta que muchas de las reformas aguardadas por los ciudadanos puedan eternizarse en sus largas tramitaciones.

En la lucidez del sacerdote y santo jesuita Alberto Hurtado hay algo que hoy mantiene mucha vigencia: “hay delitos económicos que son más graves que los homicidios porque son más conscientes y son la causa no de una sino de muchas muertes y de la corrupción”. Cuando en estos días comprobamos cómo escapan libres de los Tribunales los empresarios más pudientes y asesorados por los más poderosos estudios de abogados.

Fines y medios

Muchas veces escuché que la democracia era el mejor medio para lograr la justicia social, el crecimiento económico y la paz. Con los años he constatado que ya la democracia no es un medio sino un fin en sí mismo, y que los países deben ser juzgados, también, de acuerdo a cómo funcionen sus instituciones republicanas. Que tengan una Constitución, practiquen elecciones periódicas y exista alternancia en el poder. No importa si su Carta Fundamental es ilegítima en su origen, esto es impuesta por un puñado de autoridades. Tampoco si sus contenidos violan aquellos derechos reconocidos universalmente.

De la misma manera, hemos visto condenar regímenes autocráticos que tienen muchos mejores estándares socioeconómicos que los considerados democráticos. Al mismo tiempo que todavía tenemos reyes y monarquías que gozan de un gran reconocimiento, aunque sus soberanos hagan lo que les plazca y estén sumidos en el fango de la corrupción.

En nuestro aprendizaje cultural apreciamos que hay religiones, costumbres y tradiciones que les cuesta mucho reconocer a la democracia como un régimen ideal o idóneo. Realmente, hay pueblos que prefieren regirse por lo que dispongan sus textos sagrados y todavía acostumbran confiar en la sabiduría de las viejas generaciones para ser gobernados. Sin embargo, lo que es más corriente es que haya dictaduras o tiranías que son valoradas y protegidas por los Estados Unidos y aquellos gobiernos que más se ufanan de pertenecer al mundo democrático, cristiano y occidental. Cuando, de verdad, para acreditarlos, lo que pesa es si tienen o no petróleo. Esto es, el producto más apetecido por las grandes potencias.

Leí, hace años, un impresionante libro de un periodista francés respecto de una de las más criminales e insensibles tiranías: la de Marruecos. Sin embargo, con ello y otros tantos testimonios su régimen monárquico y criminal no merece las condenas que realmente debiera recibir. Imagino que mucho influye en esto su estratégica ubicación geográfica y el efecto de uno de los *lobbies* más millonarios del presente, el que ejerce este país en todos los continentes. Marruecos oprime todos los días al pueblo saharauí, pero tiene recursos, por ejemplo, para invitar a sus fascinantes balnearios a políticos de todos los colores para lograr de ellos que al menos dejen inadvertidas las acusaciones que se le hacen a su gobierno.

En este sentido, conozco por lo menos unos diez parlamentarios chilenos que han sido invitados a Rabat a la mítica Casablanca, donde se les prodiga atenciones de todo tipo y hasta se los graba en sus faenas amorosas, degustativas y

otras. También sé que algunos exigen previamente para viajar allí que no se conozca oficialmente su invitación. Pero que yo sepa ninguno de ellos ha regresado al país para realizar alguna condena a este bochornoso régimen y prácticas represivas. La vocación democrática que profesan muchos de estos visitantes es guardada en sus maletas, para que así en sus billeteras les quede espacio para recaudar recursos destinados a financiar sus carreras electorales. Ya sean de izquierda, centro o derecha, ya que para los fines de la corona marroquí da exactamente lo que profesen unos y otros; no hay mayor diferencia entre los que se dejen tentar por sus cantos de sirena.

A otros países como Cuba, sin embargo, se le exige democracia al estilo de su gran vecino del norte. No importan mucho sus logros en materia de salud y educación en uno de los pueblos que se reconoce, además, como uno de los más alegres o felices del mundo. Asimismo, al régimen electoral venezolano, al que Chávez le puso asamblea constituyente y un número inmenso de elecciones periódicas, la OEA, los cancilleres chilenos y otros varios adláteres o sumisos de la Casa Blanca se proponen derribar por instrucción del Departamento de Estado. Mientras Donald Trump, que de democracia y de política sabe lo mismo que nada, se abuena con el dictador de Corea del Norte, dejando muy mal parados a todos los que se empeñaron en desacreditar a Kim por orden suya. Porque en esto de ser oportunistas e inconsecuentes hay gobiernos y políticos que suelen ser “más papistas que el Papa”.

Yo mismo consentí por un tiempo con esto de que la democracia debía ser también un fin... pero hoy, aspiran-

do siempre a que la soberanía popular se ejerza en todo el mundo, realmente me merecen más respeto los gobiernos y regímenes que aspiran a la justicia social. A los que reconocen la dignidad de todos los seres humanos y gobiernan teniendo más en cuenta las aspiraciones populares que los parámetros fijados por esa cantidad de instituciones que bailan en el mundo al son de sus financistas. Entre ellas American Right Watch, como las que integran miles de “voluntarios” muy bien pagados y que gozan de gran cobertura mediática en todo el mundo.

No podemos olvidarnos que los regímenes del apartheid, de la segregación racial y otras formas de discriminación tuvieron cobijo en países de elecciones democráticas periódicas, como Estados Unidos y Sudáfrica. Que el mismo Hitler obtuvo una de las más contundentes victorias electorales de la historia para, enseguida, practicar el genocidio, la guerra y la desolación. Que los mismos fundadores griegos de la democracia solo la permitieron en un puñado de ciudadanos, entre los que no estaban los esclavos, las mujeres y los pueblos conquistados.

El reconocimiento que hoy el mundo le da a las naciones bálticas o escandinavas es en mérito de los niveles de equidad social obtenida y, también, de su ejercicio democrático y la existencia de un estado de derecho todavía perfectible. Pero a años luz de lo que tenemos en Chile y tantas otras naciones. Que se ufanan ser parte de la “civilización cristiana y occidental”, donde Dios parece más distante y crucificado de lo que está en aquellos continentes y países considerados todavía paganos.

La corrupción se izquierdiza

Se cree que la corrupción es tan antigua como la política y los negocios. Desde los albores de nuestra institucionalidad republicana se sabe de la forma en que se sobornaba a los campesinos para obtener su voto o enrolarlos en conspiraciones, así como se asume la influencia que siempre ha tenido el dinero en la integración de nuestros gobiernos y parlamentos, así como en los dictámenes del Poder Judicial.

Si bien nuestras policías y Fuerzas Armadas fueron más castas que otras en el Continente, lo cierto es que ahora se puede descubrir a los uniformados en gruesos actos de apropiación ilícita, carabineros en el robo de automóviles y asaltos, así como detectives de la PDI involucrados en el narco y microtráfico de estupefacientes.

Los gobiernos de derecha fueron habitualmente acusados de ladrones, de enriquecerse al alero del poder y legislar a favor de sus propios intereses. Por lo mismo es que una de las mayores promesas de las izquierdas ha sido actuar con probidad, favorecer al pueblo y asumir la política como una

vocación de servicio. Los grandes referentes históricos del vanguardismo fueron casi siempre figuras morales, incorruptibles e infatigables luchadores que vivieron y murieron sin haberse enriquecido. Y a veces más pobres que antes.

El caso de Nelson Mandela, en Sudáfrica, acaso sea el más próximo y contundente en este sentido, así como muchos admiran la sobriedad y la modestia del ex presidente Mujica, en Uruguay. Hasta Fidel Castro, en el ocaso de su existencia, recibió el reconocimiento y el afecto de dos pontífices y del propio presidente Obama, con su visita a Cuba. Lo que se explica mucho en que no fue un sinvergüenza como tantos de sus acusadores.

Pero en los últimos años también los líderes de izquierda de América Latina han caído en sospecha y son imputados por graves actos de corrupción. Pese a los méritos de su administración, nos duele ver al ex presidente Lula Da Silva procesado por ese enorme escándalo de Petrobras y varias otras acusaciones. Cargos severos se suceden, también, en Argentina, Nicaragua, Ecuador, Venezuela y Bolivia en contra de la solvencia moral de sus líderes, que buscan perpetuarse en el poder y enriquecerse ilegítimamente al igual que los grandes caudillos de la derecha. Y no vale la pena detenerse mucho en sujetos como el español Felipe González, quien, además de su voracidad por el poder y el dinero, terminó reprimiendo a sus opositores como el mismo Franco y otros gobernantes ultraderechistas.

Y en Chile, por cierto, no son una excepción los sobornos, por ejemplo, del ex yerno de Augusto Pinochet a im-

portantes políticos considerados vanguardistas. Coimas y financiamientos ilegales para una fundación socialista y al mismo tiempo para el derechista senador de la UDI Pablo Longueira. Boletas y facturas pagadas por la empresa Soquimich para la candidatura “progresista” de Marco Enríquez Ominami, quien hizo campaña presidencial montado en un *jet* proporcionado por una corrupta empresa brasilera. Tres mil dólares por hora de vuelo durante tres meses y sin rendir un peso al Servicio Electoral. Pero mucho más millonarios, todavía, fueron los recursos para los operadores políticos de la última candidatura presidencial de Michelle Bachelet, que presume en sus viajes por el mundo de izquierdista y hasta de heredera política de Salvador Allende.

Pero lo más escandaloso es lo que sucede con algunos de los más jacobinos personajes del pasado, por la nula consistencia moral que demuestran, mientras hacen gárgaras con expresiones como cambio y revolución, pero una vez en el poder actúan de la misma forma que un Néstor Kirchner, en Argentina, quien decía que “para hacer política había que hacer dinero”. Así como un antiguo dirigente sindical mexicano afirmaba que “un político pobre es un pobre político”. Vaya que sería útil que, a los propios expresidentes de la Concertación, como al reelegido Sebastián Piñera, se les pudiera hacer una auditoría seria para comprobar cuánto tenían antes y llegaron a tener después de gobernar. Para saber cuánto les redituaron casos como el MOP Gate y otros como Caval y Penta.

Cínico y repugnante nos parece por esto que fuera y dentro de Chile se le quiera imputar a la prensa, a la Casa

Blanca y a otros malévolos acusadores el desprestigio que hoy afecta a tantos líderes y partidos de izquierda devenidos en tramposos. Sabemos que muchos medios mienten y calumnian; entendemos, también, que hay diarios y agencias internacionales interesadas en desacreditar a todos los referentes de izquierda, pero en el mundo de hoy una injuria no se sostiene por mucho tiempo sin pruebas y fundamentos.

Comparto con algunos analistas políticos del mundo en que la corrupción es hija de la desigualdad social y que los países menos descompuestos por esta lacra son aquellos que son más igualitarios, los que “favorecen las políticas de inclusión e igualdad de oportunidades”, como dice el profesor Pau Mari Klose de la Universidad de Zaragoza, en España. Lo que explicaría que los políticos de los países nórdicos de Europa sean considerados los más probos o, si se quiere, los menos corruptos de la Tierra.

Lo cual implica, también, una actitud ética de quienes se comprometen en el servicio público. Por lo mismo es que los dirigentes políticos y sociales de izquierda debieran cuidarse más y asumir aquello que “cuando no se vive como se piensa, se termina pensando como se vive”. Que recuerden, además, esa magnífica invocación de Charles Peguy, en cuanto a que “la revolución es moral o no es revolución”.

Un estado esclavista

Nuestros gobiernos han sido muy efectivos en engañar al mundo respecto de nuestra bonanza económica y ello ha traído como consecuencia que cientos de miles de haitianos, colombianos, bolivianos, e incluso españoles, asiáticos y africanos, hayan llegado a Chile en busca de una mejor oportunidad laboral. Poco a poco la demografía de nuestras ciudades y pueblos ha ido cambiando significativamente, fenómeno que indudablemente nos ha hecho muy bien cuando, por lo general, se trata de gente con mejor nivel educacional que el nuestro y, muchas veces, con disposición de trabajar mucho y duro.

Entre otras cosas, ha mejorado mucho la atención en nuestros restaurantes y la oferta de variedad culinaria. Muchos servicios de aseo y atención a los clientes nos enfrentan ahora a trabajadores mucho más amables y bien hablados. Y hasta nuestro desempeño deportivo promete mejorar en ciertas áreas en que las aptitudes físicas y disciplina de los inmigrantes parece más adecuada para ciertas exigencias.

Todos hemos valorado que nuestro país haya acogido sin mayores reservas a quienes vienen a avecindarse con nosotros, aunque desgraciadamente, entre ellos hayan llegado algunos expertos y forajidos en el robo y el asalto, aún cuando la mayoría mantiene estándares mucho más probos que los de nuestros propios connacionales. Llegamos a pensar, incluso, que esta buena receptividad de muchos connacionales se explica como una forma de retribución a la enorme acogida de más de un millón de chilenos que tuvo que salir de nuestro país en tiempo de la dictadura, ya sea como exiliados políticos o económicos.

Sin embargo, con el paso de los años, ahora comprobamos que tal generosidad oficial no era tan espontánea. De que de lo que se trataba era que viniera gente a hacerse cargo de las tareas menores (como las llaman algunos) en el servicio doméstico, en las fábricas o en el campo. Que su irruptiva oferta ocupacional obligara a bajar los salarios de los trabajadores chilenos del campo y la ciudad, lo que realmente se ha conseguido. Al grado que hoy operan “emprendimientos” que traen o contratan por un bajo salario a miles de inmigrantes en las tareas de construcción y, muy especialmente, en las labores agrícolas.

Un negocio redondo para los que discurrieron esta posibilidad. Los agricultores, por ejemplo, ya no tienen que ver con pagos de sueldos y exigencias de seguridad laboral. De esta forma, sus cosechas hoy les resultan más baratas que contratar a operarios chilenos que luego hay que despedir o indemnizar en los períodos más flojos de la producción.

Por otro lado, ya se comprueba que estas empresas que contratan mano de obra extranjera en un dos por tres pueden hacerse humo, incumplir contratos y dejar a la intemperie a tantos inmigrantes ilusionados con nuestra boyante economía, cuando el elevado ingreso per cápita nacional es, en realidad, uno de los guarismos más engañosos en una de las economías más desiguales del planeta, donde más de la mitad de los trabajadores obtiene el salario mínimo que ya sabemos es indigno y abusivo.

De esta forma es que en los inviernos, por ejemplo, vemos circular a miles de inmigrantes engañados y dispuestos a trabajar por un salario todavía más mínimo que el de nuestros compatriotas. En lo que sea, en cualquier horario y en las más mínimas condiciones. Con razón, ya se habla de que Chile ha pasado a ser un país esclavista, que explota inicuaamente a los extranjeros y los condena a formas de vida realmente escandalosas, cuando se ven forzados a convertirse en inquilinos de los habitantes del campo más pobres, guarecerse en covachas o barracones infectos y obligados a pagar abusivos arriendos por vivir apiñados y en la promiscuidad. Como ahora muchos de ellos forzados a pedir limosna para poder retornar a sus países.

Para hipócrita explicación, algunos dicen que la mayoría de ellos vivía peor en sus lugares de origen, lo que muchos sabemos que es una verdadera mentira, cuando aquí deben sufrir los horrores del invierno y del desarraigo. Mucho mejor, realmente, era vivir en Puerto Príncipe, me dice un haitiano, donde al menos allí compartíamos

la pobreza, algo comíamos y nuestros hijos no tenían que sufrir este horrendo frío...

De esta forma es que se quejaba también un profesor español que vino a Chile tentado por afianzarse en una cátedra universitaria, después de perder la suya durante la crisis económica de nuestra Madre Patria. “La verdad es que es preferible vivir cesante en Madrid o Barcelona que trabajar aquí cuando allá el llamado “estado de bienestar” seguía pagándonos hasta el 70 por ciento de nuestros últimos salarios y no perdíamos el acceso a la salud y educación de nuestras familias. En Chile nos damos cuenta que hay que pagar por todo y quedar sometidos, incluso, al abuso de los laboratorios y farmacias”.

Yo nunca viví el exilio, pero tuve múltiples ocasiones de salir al extranjero y darme cuenta de las excelentes condiciones que, en general, se les ofrecieron a nuestros compatriotas. No solo en los países ricos de la Tierra sino hasta en los más modestos. Pese al dolor del destierro, nunca vi chilenos que pasasen hambre, no tuvieran dónde vivir y no se les ofreciera algún trabajo dignamente remunerado. Aunque la alta clase política exiliada vivió siempre de maravillas en relación a los demás, prodigándose en viajes y viáticos, entrando y saliendo “clandestinamente” sin ser supuestamente detectados por la Dina o la CNI. Aunque después hemos sabido que muchos de ellos siempre eran detectados por la Dictadura, solo que nunca los consideraron un peligro real. Ya sabemos quiénes eran realmente los aprehendidos, encarcelados, asesinados o vuelto a desterrar.

De esta forma es que nos indigna que algunos les atribuyan a los emigrantes el aumento de la delincuencia. Algo que moral y estadísticamente no tiene soporte alguno.

Lo que sí pude comprobar en el extranjero era cómo algunos exiliados chilenos robaban, asaltaban y se negaban a trabajar en países como Suecia y Finlandia, muchas veces con la bondadosa complicidad de las policías y las autoridades escandinavas.

Verdaderamente sensibilizadas con su desarraigo y por los horrores que traían consigo.

La historia falseada

Muy a diferencia de los cursos que se nos impartieron en nuestra niñez y adolescencia, en los últimos años hemos podido aprender mucho de varios historiadores empeñados en derrumbar una serie de mitos surgidos de un relato antojadizo, fantasioso y muy chovinista de nuestro pasado. Comprobar de la pluma crítica de un Felipe Portales lo equivocados que estábamos respecto de algunos de nuestros mandatarios o gobernantes que pueblan de estatuas las ciudades y pueblos de nuestro país. Como de todos los falsos atributos que se le atribuían a Diego Portales (antepasado suyo), Arturo Alessandri y otros que, además de poco democráticos, tienen a su haber crímenes de lesa humanidad como los cometidos por el propio Pinochet.

Otros grandes y honestos recreadores de nuestro pasado como Gabriel Salazar, Sergio Grez, José Bengoa o Pedro Cayuqueo, han hecho un recuento impresionante de la violenta y sanguinaria consolidación de nuestra república, aportándonos detalles de ese feroz itinerario de matanzas y

crímenes políticos desde el asesinato de Manuel Rodríguez, en 1818, hasta los últimos bochornosos asesinatos cometidos por los gobiernos y las policías de la posdictadura en la Araucanía contra algunos comuneros y líderes mapuches.

El recuento es pavoroso con los golpes de estado y amotinamientos sucedidos constantemente en nuestra historia y que dieron origen a represiones que afectaron especialmente a los trabajadores en huelga desde las zonas salitreras hasta Pampa Irigoín, en Puerto Montt y Puerto Natales, en la Patagonia. Pasando por la multitudinaria masacre de la Escuela de Santa María de Iquique (1917), de los obreros de la plaza Colón en Antofagasta (1906) y otro sinnúmero de barbaries en pleno centro de Santiago, como la de los jóvenes refugiados en el Seguro Obrero (1938), la de otros trabajadores en la Plaza Bulnes (1946) y la de la población José María Caro (1962). Sin contar con otros luctuosos episodios y todos los horrores que por diecisiete años se sucedieron todos los días a partir de 1973 con el Golpe de Estado y el incendio de La Moneda.

Estos y otros buenos historiadores también nos han revelado lo que fue la Guerra del Pacífico contra la Confederación Perú-Boliviana; las horripilantes explicaciones y crímenes cometidos por la soldadesca nacional, por nuestros “valientes soldados, que han sido de Chile el sostén”, como lo registra nuestro Himno Nacional... en una estrofa que allí sigue vigente, pero ya no se le obliga entonar a los estudiantes, como se hizo durante el largo Régimen Militar.

Guerras fratricidas que nos hicieron ganar vastos territorios y proyección hacia el Océano Pacífico, además del con-

trol de los yacimientos cupríferos que han cimentado casi toda nuestra riqueza. Todo lo cual nos ha llevado a mantener hasta hoy uno de los gastos militares más onerosos de nuestro Continente, otorgándole una hegemonía a los uniformados que se prolonga hasta hoy y que les ha permitido eliminar más opositores políticos y sociales chilenos que soldados extranjeros.

Así como hay algunas instancias destinadas a la conmemoración histórica, podría haber alguna que se dedicara a derrumbar los mitos y falsedades surgidos de las matanzas que referimos. Que se propusiera, por ejemplo, proponernos derribar algunos monumentos como se hizo en Alemania y la ex Unión Soviética, como erigir la de aquellos héroes y mártires de la resistencia contra la opresión y la discriminación. Sin duda la de escritores, líderes poblacionales y sindicales, artistas y de los historiadores dignos que se han resistido a convertirse en plumarios de los gobiernos de turno. Que ojalá dentro de las escuelas militares pueda impartírsele a los cadetes una versión más justa de lo acontecido con aquellos antecesores suyos que corrientemente murieron en sus casas, muy lejos de los escenarios de confrontación, gozando ellos y sus herederos de los estipendios que nunca se les asignó, por ejemplo, a los mutilados y a las familias de los trabajadores que cayeron muertos. Reclutados en todo el país para hacerle la guerra a nuestros países hermanos. Instados a consumir la famosa chupilca del diablo para matar y torturar a sus semejantes en un territorio que nunca habían conocido, siquiera.

Pienso que la impunidad, que favorece no solo a los autores intelectuales y materiales de tantos delitos de sangre que salpican nuestra historia, explique que nuestro país sea tan reincidente en cometerlos una y otra vez. Y aunque los herederos de los asesinos no tienen porqué cargar con sus culpas, estamos seguros que muchos de ellos se encuentran actualmente en la política nada más que porque el país no sabe lo villanos que fueron padres, abuelos y bisabuelos.

Las miserias que acosan al buen periodismo

Todos los seres humanos, cualquiera sea su nivel en la sociedad, arriesgan ser calumniados y vilipendiados. Especialmente quienes cumplimos tareas públicas, como el periodismo, podemos ser siempre víctimas de embustes y acusaciones que horaden nuestra tarea, intenten desacreditarnos ante nuestras familias y amigos y hasta podamos ser condenados arbitrariamente por una de las más drásticas sentencias sociales: la del rumor maligno.

Durante la Dictadura Militar, fui sometido a varios procesos e, incluso, recibí una condena carcelaria por los jueces militares y civiles abyectos. Sin embargo, siempre agradeceré que se me acusara de sedición, injurias al gobernante e intentos de subvertir el orden público. Cargos que eran muy severos pero, en definitiva, nos parecían honrosos y muy cercanos a la verdad, por venir de quienes venían. Aunque muchos jueces a la postre se negaran a condenarme, entendiendo que eran acusaciones políticas y producto de un gran esfuerzo colectivo por restaurar la democracia y frenar los abusos de la tiranía.

Siempre me libré de injurias o imputaciones de otro orden, cuando me constan las formas en que la Dictadura neutralizó a sacerdotes y otros luchadores por los derechos humanos haciéndoles saber que podrían destapar sus vicios privados si seguían fustigando a las autoridades. Conseguir una condena moral de la sociedad, más que una sentencia de los tribunales. No es el momento de dar ejemplos; menos cuando varios de éstos ya se encuentran muertos y no podrían defenderse. Solo puedo revelar la confesión que me hizo un obispo respecto de cómo los servicios de seguridad de Pinochet se propusieron hacer “pecar” a uno de sus párrocos cuyas homilías dominicales molestaban a las autoridades. Una atractiva feligresa sería la escogida para “hacer caer” al señor cura en el pecado del amor y desviarlo de sus compromisos con la castidad y el celibato...

Por cierto que los que urdieron la trama lograron que el obispo se enterara de los “malos pasos” de su párroco y con él acordara la suspensión de su tarea sacerdotal. Sin embargo, lo que vino fue que el mismo predicador reconociera su debilidad y la encarara frente a sus parroquianos y llegara a reconocer que había sido débil frente a una provocación fríamente calculada por los secuaces del intendente regional de la Segunda Región. Pero lo que más me impresionó en este caso fue la forma en que se repletara la Catedral de Antofagasta con quienes entendieron lo que había sucedido y, pese a la tentación del sacerdote, lo despidieran con mucho cariño y congoja, según tenía que corresponder en aquel tiempo. Por cierto que con los años el sacerdote volvió a cumplir con su oficio pastoral, pero la Dictadura logró acallar sus homilías por un buen tiempo o definitivamente.

Desde el mismo Golpe Militar de 1973 se urdieron inmensas mentiras respecto de Allende y de quienes fueron derrocados. Se los acusó de vida licenciosa, asalto al erario público y toda suerte de abusos de poder que, curiosamente, nunca llegaron a los Tribunales, cuando tenían toda la posibilidad de condenarlos gracias a la lenidad de muchos jueces. Calumnias que todavía rondan, por cierto, entre los que fueron partidarios de la insurrección militar y colaboraron con el régimen castrense.

Pero, insisto, a mi no me pasó nada de eso o no lograron que prosperara ninguna provocación. Alguna vez el más rabioso abogado de La Moneda me propuso que me fuera del país y que, con ello, se terminarían todas las persistentes acusaciones, detenciones y cárceles que me afectaron. Incluso el Cardenal Fresno me invitó a su oficina recién salido de una de mis múltiples prisiones para recomendarme que sería muy bueno que me fuera del país o dejara al menos la dirección de la revista Análisis. Que yo tenía una hermosa familia por la cual velar y cuidar... En fin, toda una perorata que hizo con todo cariño pero que, en realidad, me animara a retomar con más ímpetu mi tarea.

Como mis auditores y lectores lo saben, hace poco más de un año fui objeto de una acusación muy severa y con publicidad, como dicen los abogados. Se me acusó de todo, de acoso laboral, homofobia, discriminación racial y hasta trataron de imputarme incorrecciones de orden sexual. Por lo que yo mismo le pedí al Rector Vivaldi que abriera un sumario para atender estas denuncias y salvar mi honra. Una investigación que, por cierto, concluyó con la absoluta absolución respecto de las graves injurias y calumnias que

se me hicieran, aunque nunca me imaginé que el proceso se prolongara tanto y por tanto tiempo me mantuvieran en ascuas respecto de su resultado.

Dilación que, debo reconocer, afectó mi relación con el Rector y con su director jurídico, cuando las páginas del expediente no constataban ninguna prueba seria, sino una sucesión de absurdos infundios de parte de los pocos que se atrevieron a concurrir ante la fiscal después de embadurnarme a través de un medio electrónico, que ya consagró su mala fama en la ausencia de la más elemental ética periodística. Cuando en la opinión de algunos abogados realmente las acusaciones pudieron ser desestimadas en un comienzo, o mucho más tempranamente. Quedó nítido, además, que la conspiración en mi contra tenía el propósito de conseguir el control de nuestra Radio de parte de la Vicerrectoría de Comunicaciones de la misma Universidad, según me lo confidenciara un colaborador del propio Rector, de quien depende hasta ahora la emisora.

Pero lo que quiero contrastar con este incidente es que la propia Dictadura jamás intentó condenarme por este tipo de acusaciones que ahora se me hicieron, y resultaran tan absurdas que bastó el testimonio de los que sí trabajaban conmigo y me conocían por años para que todos los infundios se cayeran al suelo. Como quedara probado, se trataba de acusaciones de personas que alguna vez habían pasado, incluso muy fugazmente por la Radio y con quienes no recordábamos siquiera haber tenido algún disgusto. Ciertamente que solo estuvieron acicateados por el resentimiento y probada ineptitud profesional, para lo cual nos bastaría relatarles en qué están ahora estos presuntos maltratados o

abusados. Por supuesto que víctimas de los que siempre esconden la mano, puesto que entre todos ellos ni siquiera se conocían o habían coincidido laboralmente.

Pero lo que el Sumario no llegó a constatar es quiénes fueron los que instigaron esta acusación, indudablemente para perjudicar nuestra independencia editorial, apropiarse de los medios de la Universidad de Chile que durante abnegados 18 años habíamos consolidado a favor del periodismo nacional y la diversidad informativa que tanto falta para que seamos realmente una democracia. Ciertamente que yo sé y presumo a los autores “intelectuales” de este mal rato ocasionado. Algunas autoridades de la Universidad por supuesto que también lo saben conmigo, aunque entiendo que no es causa de este tipo de procedimientos que se investigue más allá de las acusaciones explícitas para resolver la identidad de los que los han manipulado.

Reconozco que lo pase mal, aunque en todo este tiempo no he dejado de disfrutar de la enorme solidaridad de nuestros lectores y auditores, del apoyo de innumerables amigos de todo el mundo y, sobre todo, de mis familiares. Así como del reconocimiento de varias generaciones de estudiantes de periodismo a los que les he impartido docencia, sin que nunca alguno de éstos me haya lanzado alguna de las viles acusaciones que también buscaron conseguir estos injuriadores.

Como correspondía y consta, seguí sosteniendo por varios meses mi comentario político matinal, mis columnas y entrevistas. Al mismo tiempo que nuestros medios parecieron todavía afianzarse más, contrariando la voluntad de quienes quisieron voltearme con calumnias y no por lo que pienso, digo y escribo. Por lo cual, y perdónenme cierta

suficiencia, he tenido innumerables reconocimientos nacionales e internacionales según estimo por mi real esfuerzo y constancia. Porque se trata de una tarea que siempre me resultó muy placentera, pese a los malos ratos y tratos conocidos. Acorde, desde luego, con mi vocación y compromiso político. Propósitos que espero seguir desarrollando hasta que la salud y la vida me acompañen.

Lo que ciertamente les prometo, ahora que he culminado mi penúltima etapa profesional en la Universidad de Chile.

Pero si de lecciones se trata, me he afirmado en la idea de que en virtud de la Libertad de Expresión es preferible que nos arriesguemos siempre a los despropósitos movidos por la envidia, la ambición de poder, el fracaso personal flagrante y otras abyectas razones. Cuando en todo el mundo se discute sobre la necesidad de legislar para ponerle trabas a las mentiras, a las *fake news*, que ahora se hacen explosivas por las redes sociales, me convenzo que tiene menos riesgo para la verdad y la honra de los pueblos y las personas que no se apliquen más restricciones que las ya existentes para quienes delinquen por los medios de comunicación. Según leo en un artículo del filósofo y politólogo Daniel Innerarity, “establezcamos una regulación sobria, eficaz y garantista de cuanto pueda ser regulado, pero, sobre todo protejámonos de los instrumentos a través de los cuales pretendemos protegernos frente a la mentira. La democracia tiene que defenderse más de los poderes propios que de los extraños” (El País, 9 de mayo de 2018).

Pasaporte para llegar al cielo

De mi relación con muchas personas cercanas a la muerte, me queda siempre la convicción que los que se comportaron decentemente en la vida no manifiestan mucha preocupación por lo que les depare el más allá. En ellos, generalmente constato la satisfacción de haber sido justos y bondadosos, sin esperar mayor retribución que la de haber vivido conforme a su conciencia.

Sin embargo, en una interesante conversación que sostuve con un recaudador eclesiástico (que también los hay), éste me reconoció que buena parte de los bienes de la Iglesia Católica en todo el mundo tenían origen en las millonarias contribuciones de personas que morían con sentimientos de culpa, pero en la esperanza de que con estas erogaciones se les abriera el Cielo, escaparan del infierno o hicieran un breve paso por el Purgatorio. Personas que confiaron en que los pagos destinados a muchas misas en su memoria permitieran que la Justicia Divina los recibiera con indulgencia. Más, todavía, si legaban parte de sus herencias en

casas, haciendas y otras, en algo equivalente a esa “cuarta libre de disposición” de nuestra Ley de Herencia. Dineros, bienes inmuebles que a la Santa Madre Iglesia le venía muy bien para sostener sus obras.

No se trataba de quienes decidían repartir todos sus bienes entre los pobres y desvalidos, sino únicamente separaban una parte de su peculio, casi siempre mal habido, para comprarse literalmente la vida eterna. Una práctica que Martín Lutero le fustigó duramente a El Vaticano con la venta de sus indulgencias plenarias que practicaba el Papado.

En la esperanza de que los más ricos y poderosos empresarios le leguen en sus testamentos bienes a la Iglesia es que se entiende la connivencia que suele producirse entre las cúpulas eclesiásticas y muchos de los malvados personajes de la Tierra, como incluso los tenebrosos mafiosos de Chicago. La concurrencia sacerdotal a las inauguraciones o aniversarios de sus empresas, así como las lisonjas y bendiciones tramitadas por curas pedófilos como Karadima y O’Reilly tienen y perseguían la intención de sacarles dinero a los ricos, a cambio de anularles “religiosamente” sus matrimonios, procurarles bendiciones papales y officiar, incluso, de intermediarios ante la política para facilitarles sus negocios.

De esta forma, entonces, es que algunos de estos magnates obtenían del poder eclesiástico el título de “benefactores” y algunas doradas preseas, para así quedar más cerquita del Cielo. Uno de ellos, el poderoso empresario Ricardo Claro, poco antes de morir, recibió una sorprendente condecoración vaticana. Aunque después se descubriera su abultada

contribución, además, a las más siniestras operaciones criminales de la Dictadura, así como su habitual concurrencia a uno de los centros de tortura y exterminio. Por ejemplo, al de la calle Simón Bolívar en nuestra Capital.

Bajo el pretexto de que “lo que ate la Iglesia en la Tierra será atado también en el Cielo”, muchos de los más horribles pecadores creían recibir pasaporte celestial de manos de una institución que tanto sabe, por ser vieja y también diabla. En la soberbia de que también podían burlar a Dios tan fácilmente como a Impuestos Internos o a la Tesorería General de la República, cuanto a los millones de consumidores. En una práctica de turbias relaciones eclesiástico patronales de la cual los últimos pontífices parecen por fin abominar. Por lo mismo que se explica que estos empingorotados especuladores (que ahora prefieren ser reconocidos como emprendedores) hayan empezado a perder sus creencias religiosas y a eliminar a las iglesias de las listas de sus herederos.

Algo muy saludable para la fe, en todo caso.

Los malos también mueren

No sé si sucede en todas partes, pero en Chile los difuntos parecen haber sido todos excelentes personas. Es habitual observar en los noticiarios televisivos los homenajes que reciben por el cortejo doliente hasta los forajidos que mueren en reyertas entre narcotraficantes y bandas criminales. Incluso parece habitual que todos los que lamentablemente mueren en accidentes del tránsito casi siempre resulta que eran los mejores de su barrio, colegio o trabajo.

En política todavía se exagera más y el tributo a los que mueren logra ser todavía más amplio y transversal, cuando de verdad sabemos que los malos también parten de este mundo cuando les llega la hora y, muchos de ellos, sin arrepentirse siquiera del daño causado. Como varios de los condenados de Punta Peuco que se resisten a reconocer sus crímenes, pedir perdón y colaborar con la Justicia.

Hace unos meses, nos informamos de la muerte de Sergio Diez Urzúa, un ex senador derechista, que tocó la puerta de los cuarteles en 1973 y durante toda la Dictadura se

destacó como un acérrimo defensor del Régimen Militar. Tanto que Pinochet lo nombró como su embajador en las Naciones Unidas y durante 17 años no pronunciara reconocimiento o reproche alguno a la acción de los golpistas y asesinos que eran sindicados por todo el mundo.

En su alto cargo en Nueva York, Diez llegó a negar la existencia de detenidos desaparecidos, así como advirtió de viva voz en la Asamblea General que en Chile existía libertad de prensa, para lo cual exhibió como cínica prueba uno de los ejemplares de la revista Análisis, de seguro la publicación más amedrentada por el régimen castrense y sus fiscalías militares.

Recién, poco más de una década, Diez declara a El Mercurio que siempre estuvo engañado respecto de la situación de los detenidos desaparecidos, reconocimiento que en realidad lo sindicaba como un hipócrita y oportunista, porque ya sabemos que no tenía un pelo de tonto en su despoblada cabeza. Sin embargo, hasta los noventa años, cuando fallece, no se sabe que haya perdido perdón por la enorme responsabilidad que le cupo en el quiebre institucional y el magnicidio de Allende.

Lo que más indigna es que algunos políticos demócrata cristianos, socialistas y otros concuerden en calificar a Diez como un “destacado constitucionalista”, además de valorar su “constante disposición al diálogo”. También nos revela a la hora de su muerte de que habría sido un católico ejemplar, pese a que estuvo siempre a contrapelo con la posición de los obispos. Entre otros, un pastor como el cardenal Raúl Sil-

va Henríquez, que fundara la Vicaría de la Solidaridad para ocuparse, justamente, de los perseguidos y torturados, como de los familiares de los detenidos desaparecidos y ejecutados.

De verdad lo único que podría salvar a Diez tendría que ser la “infinita misericordia divina”, porque para la historia solo tendría que ser reconocido como un golpista, cómplice y encubridor de las horribles violaciones de los Derechos Humanos. Que muere, como tantos, en la más completa impunidad y favorecido por el repugnante homenaje de quienes olvidaron o dejaron pasar inadvertida en esos días la fecha de un nuevo natalicio del extinto Salvador Allende.

Ojalá realmente exista un ancho y poblado paraíso después de la muerte para que entren a éste los justos, los inocentes y los buenos. Porque de verdad los seres humanos seríamos una verdadera “pasión inútil” si al menos los malos no pagaran sus fechorías después de fallecidos. Que al menos nunca resuciten a la vida eterna como prometen los distintos credos religiosos. Y continúa siendo el principal consuelo de los pobres.

Reforma educacional con pies de barro

Después de desempeñarse por ocho años como rector de la Universidad de Chile, el profesor Víctor Pérez ha estado en una verdadera cruzada por hacerle ver a las autoridades que una adecuada reforma educacional debiera partir por los niños, por los establecimientos primarios y secundarios, antes que por los planteles universitarios.

Las multitudinarias manifestaciones estudiantiles que acompañamos por años siempre fueron muy justas en demandar mayores recursos para las universidades, la gratuidad universal y un mejoramiento de su calidad académica, pero el tiempo ha demostrado que el principal escollo a la excelencia ha sido el bajísimo nivel de preparación de quienes llegan a la educación superior, por lo que de lo que hay que preocuparse fundamentalmente es de quienes inician su formación y están en sus primeros años de estudio.

Es cosa de conversar con los profesores para comprobar cómo las escuelas y colegios han deteriorado su enseñanza en relación, por ejemplo, a las exigencias que a todos nos

hicieron treinta, cuarenta o más años atrás. Siempre recordamos los egresados del Internado Nacional Barros Arana la estricta exigencia de leer al menos dos libros al mes en nuestros cursos de castellano y la forma en que se nos incentivaba para que estuviéramos al tanto de lo que ocurría en Chile y en el mundo; en el cine, el teatro y todas las manifestaciones del arte y la cultura.

En mis últimos cursos en Periodismo me encontré con cosas asombrosas. Una colega me cuenta que hace un par de años, hablando de la Dictadura, una estudiante la interrumpió para testimoniarle que ella nunca había sabido que en Chile hubo un régimen como el de Pinochet. Y yo mismo, recién hace unos meses y a propósito de una efeméride, se me ocurrió preguntarle al curso si sabían efectivamente quién había sido el Che Guevara. Tamaña sorpresa la que tuve al no escuchar más que una respuesta de un estudiante: “mire profesor, lo que yo sé es que el Che Guevara fue un guerrillero, pero no me pregunte de dónde...”

Se le puede echar la culpa de muchas cosas a nuestro paréntesis democrático de 17 años, pero en esto lo que hoy existe es fracaso de todo nuestro sistema escolar, negligencia de todos los gobiernos de la posdictadura y, hay que decirlo, bajísima preparación de todos nuestros maestros. Es algo que he comprobado en algunas charlas que he dado a colegios particulares y fiscales al comprobar la precariedad cultural de sus profesores, su inadecuada forma de expresarse y, con franqueza, su abismal ignorancia.

No se trata de que los colegios para ricos tengan mejores docentes que el que tienen los colegios municipalizados

o estatales. Unos y otros tienen los mismos profesores que tienen que correr de un lado a otro para completar sus vergonzosos sueldos, según ellos mismos me lo confesaran. Sin dinero para adquirir libros y poder asistir aunque fuera al cine de vez en cuando. Abatidos por sus ingresos miserables y por la forma en que han transcurrido los más diferentes gobiernos sin ofrecer solución alguna a sus demandas.

En conversaciones con ellos mismos, me advirtieron que las diferencias en el rendimiento de unos y otros discípulos radicaban, fundamentalmente, en sus condiciones socioeconómicas. Entre los que podrían ver algún día un libro en sus casas, los que podían viajar o tener acceso a uno que otro espectáculo cultural. Entre los que podían alimentarse adecuadamente o solo subsistir. Aunque todos sabemos que la alta burguesía, los más adinerados, hacen cada vez más mal uso de sus ingresos; que tampoco leen o saben conversar, consumen comida chatarra y no tienen más idea de lo que ocurre que lo que le entregan la televisión y los medios hegemónicos. Es decir los que quieren que las diferencias entre los chilenos se pronuncien para que nuestra economía sea competitiva en el mundo. Esto es con mano de obra barata y el consumismo más suntuario. Para que sigamos siendo un paraíso para los inversionistas extranjeros, los verdaderos dueños de nuestra soberanía nacional.

Pedirles a los propios estudiantes de periodismo que lean cuatro o cinco libros en un semestre y que lleguen informados a clases es tarea de titanes y, tal como están las cosas, los profesores nos exponemos a ser acusados de acoso si les

exigimos mucho. Debo reconocer, en todo caso, que siempre en los cursos encontramos algunos estudiantes con real vocación por la más hermosa de las vocaciones, pero éstos son cada vez menos con la política adoptada por los planteles públicos de aumentar considerablemente la matrícula a objeto de recaudar más recursos. Tanto es así que en la propia Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile cuando antes ingresaban todo los años unos cincuenta, hoy superan los ciento cuarenta. Es la forma de recaudar más dinero en unidades académicas que no tienen acceso a los grandes magnates benefactores de otras carreras.

Y no es precisamente que el periodismo chileno necesite más profesionales, sino de buenos y preparados comunicadores. De allí que los sueldos de nuestros egresados hayan llegado a estar entre los más vulnerables del llamado “mercado ocupacional”. Una política universitaria realmente bochornosa de parte de nuestras autoridades y consejos universitarios para, así, mejorar los sueldos y sobresueldos de su cuerpo académico, especialmente el de las facultades más pudientes. Procurar que sus rectores y decanos viajen de un lado a otro en un dispendio que la Contraloría General de la República no tiene mucho interés en regular. Acaso porque quienes nos gobiernan también quieren que por estas irregularidades se desprestige la educación pública y las universidades privadas poco a poco se afiancen como las mejor calificadas.

Todo un sistema de compraventa nacional e internacional de magísteres, doctorados y, ahora, postdoctorados,

para gente que la licenciatura les deja muy poco para ser solventes en sus trabajos. Fenómeno que se aprecia con horror en los estudiantes de medicina, derecho y otras que tienen tanto que ver con la salud física y mental de nuestra población. Cuando, además, de entrar a la universidad con una pobre base, buena parte del tiempo académico lo distraen en huelgas, tomas y demases ante las cuales las autoridades se resignan. Porque para ser rectores, decanos o directores de escuelas e institutos lo que se necesita actualmente son votos y no méritos intelectuales. Y cualquiera puede ser acusado arbitrariamente por lo que sea en un país en que ya no existe la “presunción de inocencia”, ni el “debido proceso”. Situación que ahora se expande como una gran epidemia acicateada por los propios medios de comunicación en manos de ignorantes e irresponsables. Por la impunidad de las llamadas redes sociales, convertidas en un verdadero refugio para muchos delincuentes que apenas saben leer. Ni menos, todavía, escribir.

Qué lástima que hoy no tengamos políticos y maestros del tamaño de los que fundaron nuestra república, sembraron de escuelas el país y llegaron a sostener universidades para que arribaran los mejores, los de formación y vocación más probada y no los que tienen más dinero y aspiran solo a un cartón para postular a un empleo. Y que hoy pululan en las empresas, clínicas y estudios profesionales más inescrupulosos. Llegando, incluso, a los altos cargos públicos tras el erario fiscal.

Insisto: sin siquiera saber leer o escribir. A lo más sumar.

Tan antiguo como el mismo celibato

Yo estudié en el Internado Nacional Barros Arana, pero mis estudios primarios los realicé en el Liceo Alemán, con los padres alemanes como se decía entonces allí en la calle Moneda 1661.

La razón que tuvieron mis padres para que estudiáramos allí era la cercanía del colegio con nuestro domicilio y seguramente en la idea de que los curas alemanes eran de los más estrictos en un tiempo en que se pensaba y a veces se decía “que la letra con sangre entra”.

En efecto, todavía siento los punterazos con que nos castigaban los curas y profesores. Al grado que nuestro profesor jefe, de apellido Rasmussen, fabricaba unos látigos a base de cables eléctricos con los cuales nos daba en el trasero frente a todo el curso. Una de las torturas que recibí desde chico fueron los golpes que nos propinaban en los codos algunos maestros con el borrador del pizarrón, lo que se me hacía como una carga eléctrica. Las cachetadas eran habituales, corrientes y bien ponderadas, aunque sus ejecutores

fueran muchos más fornidos que nosotros. De allí que mi iracunda y violenta reacción con el cura Bancher, de matemáticas, fuera la gota que rebalsara el vaso en mi relación con el Liceo Alemán. Y mi padre, orgulloso ex alumno del Instituto Nacional, no tuvo mejor idea que matricularme al año siguiente en el INBA.

Pero había tenido la oportunidad, con todo, de conocer sacerdotes y profesores que habían combatido en la Segunda Guerra Mundial, tenían un furibundo antisemitismo y personajes como Lutero les parecían francamente la encarnación del demonio. Lo curioso es que, por supuesto, todos odiaban a Estados Unidos, pero por razones completamente distintas a las de sus detractores posteriores. Se me ocurre que el sacerdocio, para muchos de ellos, fue la mejor forma de arrancar del infierno europeo, mitigar su inclinación homosexual y sublimar los horribles dolores de la guerra y, me imagino, los sentimientos de culpa por todo el mal que el nazismo le ocasionara al mundo y al prójimo.

Entre los pupilos, hablar de los curas alemanes era recurrente. En muchos de ellos descubríamos los traumas de la guerra, al grado que en clases habitualmente los veíamos alterarse mucho con el ruido de los aviones que cruzaban Santiago. Del mismo modo en que también notábamos sus inclinaciones sexuales y sus padecimientos por obra del aberrante celibato eclesiástico. Era comentario, también, la forma en que algunos sacerdotes se encariñaban especialmente con algunos niños, sobre todo si estos eran más blancos y rubios que los otros. Mal que mal eran parte del pueblo ario.

Todo ello coincidía con nuestro propio despertar sexual en que la propia masturbación asomaba como uno de los más graves pecados mortales. El onanismo, se nos advertía en la época, puede provocar una debilidad extrema en la salud de los adolescentes y podía llegar a reconocerse posteriormente en la eyaculación precoz que ha arruinado tantas relaciones íntimas. Además, constituía un acto de egoísmo repugnante cuando la sexualidad debía estar reservada solo para el matrimonio y el amor conyugal. Como niños, además, andábamos preocupados de observar las palmas de las manos de los compañeros, en la extraña idea de que a los más viciosos les salían pelos por las palmas de ambas extremidades. Lo que nunca pude constatar, en realidad.

Era impensable en aquellos años que pudiésemos contarles a nuestros padres que había sacerdotes que sí acosaban sexualmente a los niños, además de propinarles castigos lindantes en la tortura. Pero una vez mis padres se dieron cuenta de lo que ocurría cuando del Colegio me mandaron a la casa después de que el Cura Pedro (así lo llamábamos) me hiciera sangrar la cabeza al golpeármela con las enormes llaves de las salas de clases que siempre colgaban de sus manos. Mi delito había sido conversar en la fila, lo que entonces era considerado una enorme falta de disciplina. Ello me dio ánimo para contarles que había un cura que acostumbraba a llevarlos a su pieza cuando quería castigarnos para lo cual nos exigía bajarnos los pantalones para darnos las nalgadas correspondientes. Con el tiempo supe que este sacerdote fue destinado al colegio que el Verbo Divino mantenía en Puerto Montt sin que conste que fuera denunciado.

Debo reconocer, en todo caso, que varios compañeros y yo no éramos del todo santitos. La misa de los jueves tenía como incentivo el buen desayuno que los padres alemanes nos daban después de comulgar, privilegio que no tenían los otros y que, se suponía, estaban en pecado mortal... Sin embargo, para recibir el cuerpo de Dios era preciso confesarse y alguno de mis compañeros descubrió que el cura que oficiaba el sacramento de la penitencia le gustaba recabar detalles sobre los pecados carnales de quienes se arrodillaban en el confesionario.

Y he aquí el acabose cuando descubrimos que, mientras más minuciosos y eróticos fueran los pecados del sexo, ello excitaba poderosamente al cura confesor, al que algunos descubrieron con afiebrados movimientos bajo sus sotanas en medio de tan importante sacramento. De allí se hizo costumbre elucubrar toda suerte de perversiones para provocar con sus fantasiosos relatos al cura. Quien desafiaba así, el celibato sin necesidad de seducir a una mujer o a algún discípulo.

Los abusos cometidos por el clero no son, en ningún caso, nuevos. Son tan viejos como el mismo orden sacerdotal y la hegemonía de la iglesia romana sobre la Cristiandad. Con los años. Muchos hemos aprendido del inmenso coraje y legado de Martín Lutero y de otros líderes protestantes, pero también de muchos sacerdotes católicos y de otras iglesias consecuentes con el legado cristiano y comprometidos con la defensa y redención de los oprimidos. En quienes, incluso, se puede descubrir la pureza de sus sentimientos y actos, aunque hoy esté de moda profanar el pasado y acusar

a diestra y siniestra. Más todavía si se trata de defenestrar y obtener titulares en los medios de comunicación respecto de personas que merecen plena credibilidad pública.

Muchos valoramos los esfuerzos del actual Pontífice por encarar esta epidemia de sacerdotes pedófilos y abusadores, pero estamos seguros que nada se resolverá bien si no se le permite a curas y religiosas vivir decentemente su sexualidad, paternidad y maternidad. Ojalá se atreva el actual pontífice a allanarse a un cambio sustantivo en la materia. Más aun cuando ha quedado en evidencia que tales abstinencias no tienen fundamento evangélico alguno.

Vargas Llosa es mejor con la ficción

Me parece haber leído prácticamente todas las novelas de Mario Vargas Llosa, convencido de que se trata de uno de los mejores escritores de nuestro continente y del mundo. Su imaginación y la calidad de su prosa realmente me han cautivado siempre, aunque cada vez me irrita más su pedantería, su forma de mirar el mundo y entregar rimbombantes juicios sobre lo humano y lo divino.

Soy de los que aprecio mucho que los escritores de ficción se aproximen a la realidad y al compromiso político, pero siempre que para ello sean capaces de abandonar sus espejismos y se paren sobre una observación menos delirante de los acontecimientos. En el caso de Vargas Llosa, lo que más lamento es el divorcio que expresa entre la sensibilidad social de sus novelas y sus análisis políticos, cuando ya parece totalmente seducido por las ideas hegemónicas que dominan la economía, abrazando con demasiado entusiasmo el neoliberalismo y las profecías de los defensores del “mercado” y de la democracia nada más que representativa y electoralista.

Manifestando, habitualmente, en sus columnas del diario español *El País* el fanatismo de los conversos y haciéndose el leso respecto de personajes como Donald Trump, respecto del cual hasta los países europeos y de la llamada “civilización cristiana y occidental” tienen serios reparos.

Por supuesto que la irrupción en la política internacional de un personaje como Kim Jong-un, el gobernante de Corea del Norte, logró exacerbar aún más al escritor peruano. Con la obstinación de un señor cruzado, Vargas Llosa fue un entusiasta promotor y defensor de las sanciones impulsadas por Trump y sus aliados europeos, aunque él mismo reconociera que estas medidas no sirven para nada y solo le darían argumentos a Kim para responsabilizar a Estados Unidos y al mundo de las penurias de su población. Algo así como ocurriera con Fidel Castro para seguir aplicando, como escribe, “las políticas colectivistas y estatistas que han llevado a las penurias de los cubanos”.

Aunque asegura que no sabe qué ofrecer como alternativa a la posibilidad de neutralizar al dictador coreano, Vargas Llosa se prodiga en destemplados insultos contra el líder asiático tratándolo de “un pobre diablo seguramente inculto, de inteligencia primaria, que en las pantallas parece una caricatura de sí mismo...” Sin duda fuertes epítetos que no incluyen fundamentos, aunque demasiada vehemencia. Lamentando que un ser como Kim siga existiendo y “tenga en sus manos la civilización y se extinga en un aquelarre de violencia”.

Por supuesto que leí esta columna de Vargas Llosa antes que el presidente Trump decidiera reunirse con este “bárba-

ro” gobernante coreano en una reunión binacional celebrada universalmente y en la que es posible se deriven acuerdos para que prospere el desarme en la península coreana, se restablezca la amistad entre las dos coreas y la humanidad entera pueda librarse de un colapso nuclear. En una cita en que ambos mandatarios se elogiaron, lo que permitió desdibujar la imagen que la prensa occidental construyó respecto de Kim y, también, de alguna forma lavar un poco la horrenda impresión que existe sobre el desquiciado mandatario estadounidense. Con el que Vargas Llosa de todas maneras debe tener bastante empatía.

Imagino lo arrepentido y avergonzado que debe haberse sentido Vargas Llosa después de la jugada de Trump y de cómo dejó en ridículo a todos los que pensaban que a Corea del Norte había que descargarle todas las bombas necesarias para su destrucción. ¡Vaya qué fiasco para este gran novelista y para sus ficciones también de la realidad, después de denostar a este gobernante coreano, acusándolo de ser un “gordinflón y algo payaso, un pobre diablo seguramente inculto, de inteligencia primaria, que en las pantallas parece una caricatura de sí mismo”!

Juicios que podrían merecerle una censura de quienes con justicia condenan a los que discriminan a las personas por su raza, creencias y apariencia física.

Hay que ver Televisión

Conozco a muchas personas que de la boca para afuera sentencian que raramente ven televisión, que prefieren informarse por la radio y los diarios o, ahora, por internet antes que por la llamada pantalla chica, que ya no son nada de pequeñas y ostentan de alta resolución.

Ácidos fustigadores de la televisión que tienen mucha razón cuando todos podemos comprobar la pavorosa unidireccionalidad de los noticiarios televisivos y comprobar (por esto del *raiting*) que las mismas “noticias” que transmiten los canales coinciden casi totalmente en el momento de su emisión. Es cosa de hacer *zapping* para comprobarlo y sorprenderse de la idéntica orientación ideológica que existe entre los departamentos de prensa, tal como por la liviandad e ignorancia de sus animadores de noticias que, por cierto, no suelen ser buenos periodistas. Es decir, libres y críticos.

Aunque me he desempeñado preferentemente en medios de papel, electrónicos y radiales, lo cierto es que suelo ver bastante televisión. Nunca tanto como el promedio

nacional, pero casi lo mismo, pienso, que los que dicen no ver televisión y en sus cotorreos sociales dejan en evidencia que sí lo hacen.

Me entretiene, sobremanera, ver los canales del cable, seguir las noticias argentinas, tener acceso a los canales de la televisión pública europea o, incluso, ver lo que dicen los noticieros adictos a los Estados Unidos y a sus cadenas informativas abyectas. Con esta práctica, la verdad es que se aprende mucho de la variedad de sus contenidos y orientaciones. Así como es frecuente encontrarse con reportajes de buen periodismo que nos enseñan de historia, de las catástrofes universales, los grandes inventos y de la forma en que la humanidad encara los problemas medioambientales. Pero también de cómo se hace cultura culinaria y hasta se habla de moda en otros países. Además de poder adentrarnos a sus museos, como recorrer sus pueblos, ciudades y conocer sus costumbres. Lo que las guerras no fueron capaces de destruir por completo y lo que se ha podido reconstruir ejemplarmente.

En ocasiones como los mundiales de fútbol o los juegos olímpicos es muy grato observar la forma en que estas transmisiones asumen lo vinculado que está el deporte con la política, la economía, la ciencia, la tecnología y las relaciones internacionales. Cuando en nuestras clases no falta el estudiante de periodismo que nos dice tener solo interés por el fútbol, que odia la política y que poco o nada le importa la historia universal o nacional. Futuros comunicadores que solicitan a los profesores no abrumarlos con lecturas

y conocimientos, porque ellas o ellos solo quieren llegar a trabajar a la tele y “especializarse” en algo muy concreto y acotado... como el fútbol.

Como si pudiésemos entender alguna vez a la FIFA, y a tantos otros espectáculos del deporte y la recreación sin saber de geografía, de las distintas creencias de sus protagonistas y de sus buenas y malas costumbres. Cuanto entender fenómenos como el de la corrupción, el tráfico de influencias y el poderoso negocio de la compraventa de jugadores. ¡Qué diferencia podemos notar entre las transmisiones chilenas (siempre hay excepciones) y las de otros medios de comunicación del mundo que, además de relatarnos lo que todos podemos observar incluso en silencio, nos aportan datos de los contendores, de las ciudades anfitrionas, de la trayectoria social y cultural de los grandes astros y estrellas del deporte!

Quiero destacar que he visto no pocos documentales referidos a la forma en que viven los niños de todo el mundo. De las inmensas brechas que separan a los estadounidenses o europeos respecto de los menores que nacen y sobreviven en África, Asia y nuestra propia América Latina. Corrientemente, un enorme contraste entre los niños de piel oscura, delgados y desnudos frente a blancos, adecuadamente vestidos y muy bien nutridos. Aunque todo nos lleva a la convicción que unos y otros son realmente muy parecidos en su tierna edad; que disfrutan, se ríen y se entretienen con lo que tienen a su alcance, demostrando que todos podrían llegar a ser más o menos iguales, si

no dependiera tan fatalmente del lugar en que nacen y la posibilidad de superar las enfermedades y otras carencias. Si la educación y la salud fueran, realmente, derechos universalmente reconocidos y practicados.

No sé realmente, si hay intención en los realizadores de estos reportajes o, simplemente, es lo que podemos descubrir o comprobar. Esto es, que todos nacemos iguales y tenemos una misma dignidad. Cuestión que ahora puede parecernos lógico, pero que hace menos de un siglo no se reconocía ni en los países más adelantados. Niños dotados de la misma inocencia o pureza pero que el tiempo y el estándar de vida los separa dramáticamente.

También estos reportajes de la buena televisión difieren mucho de los de factura nacional hechos con tanta frivolidad o paternalismo, siendo benevolente en mis juicios. En que los niños pobres y desvalidos son retratados sin compasión y respeto mínimo. Casi como las especies salvajes que también son rescatadas por los verdaderos canales y programas culturales. Emisiones destinadas a que viajen algunos periodistas y actores nuestros por el mundo bien auspiciados por algunas empresas. Con lo cual algunos ejecutivos buscan mejorar sus imágenes corporativas o quizás ganarse el Cielo. Algo que sabemos es muy difícil según ese paraje evangélico en cuanto a que la posibilidad que llegue al Paraíso un rico es tan difícil como que un camello tenga que pasar por una de las agujas del desierto. Bíblico dictamen que cuando lo volvemos a leer siempre nos deja acongojados.

Entre lo nacional, de todas maneras, es muy grato destacar esa magnífica serie *Al Sur del Mundo* que debe ser lo mejor que se ha hecho en esta materia por televisión. Además de otras realizaciones que nuestros canales a lo sumo repiten unas dos o tres veces, mientras las emisoras ricas de otros países no tienen complejo en repetir las todo lo que sea necesario. Porque de lo que se trata es de educar y entretener, más que promover a sus auspiciadores comerciales.

Y no se trata solo de recursos que, por supuesto, la buena televisión también los tiene; se trata, sin duda, de una actitud de la cual carecen muchos de nuestros periodistas y animadores de la TV. De los que solo consiguieron un título para llegar a la Tele y alternar su tiempo con las peluquerías y los modistos en boga. Para deslizarse con *glamour* por las alfombras rojas de nuestro Festival de Viña y otros lamentables espectáculos de la TV. Los que tienen el acierto, de todas maneras, de reflejar lo más vulgar de nuestra condición cultural. Lo que también conviene es “echar una miradita” para no creernos el cuento de que somos un país desarrollado.

Con todo esto, para nada quiero soslayar que la radio, varios medios electrónicos y de papel también son expresión del mal periodismo. También es posible hacer *zapping* radial para comprobar las temáticas favoritas y el procaz lenguaje en que se expresan la mayoría de sus conductores. Muchos de los cuales también ostentan un cartón profesional, cuando las universidades, incluso las que fueron más prestigias, ampliaron el ingreso a sus escuelas de periodismo para

capturar matrículas y aranceles y no para formar profesionales conscientes de su misión ética. Que se forman y hacen sus prácticas preferentemente en las llamadas redes sociales y aquellas letrinas electrónicas de la Red. Especialistas en mentir, calumniar y desconcertar para ganar “visitas”, “me gusta” y algunos avisos publicitarios. En lo que también se suele hablar de la industria televisiva.

Tener Imaginación

“El financiamiento irregular de la política no es corrupción” afirma en una entrevista al periodista Francisco Artaza uno de los personajes más cuestionados del país por su sospechosa “evolución” desde las ideas más radicales de la izquierda para convertirse en estos años en el principal *lobbista* del país. “La corrupción, dice el ex ministro Enrique Correa, supone el enriquecimiento personal de las personas”. Es decir, quien recibe sobornos, roba o defrauda al fisco no sería un corrupto cuando el objetivo ha sido financiar a sus partidos políticos y campañas electorales y no dotarse personalmente de recursos para una vida placentera.

Curiosa sentencia la de este *lobbista* que, como se sabe, ha llegado a ser uno de los sujetos más valorados por el alto empresariado, y destacado por sus vínculos y asesorías a empresas como Penta, Soquimich y otras que por años han ejercido aportes subrepticios a la política y todavía sus casos más escandalosos son ventilados ante los Tribunales. Según deduzco de su entrevista, podría haber hasta una suerte de

apostolado democrático de los empresarios y políticos coludidos en estos turbios manejos que, como ya se ha demostrado, significaron evadir millonarias cifras en tributos al fisco, además de engañar a los accionistas minoritarios de varios bancos o corporaciones.

Me imagino que Correa quisiera que empresarios como Carlos Alberto Délano y Carlos Eugenio Lavín, además de parlamentarios como Jovino Novoa y Jaime Orpis u otros operadores como Giorgio Martelli y Rodrigo Peñailillo, fueran elevados a los altares por esto de participar en patrióticas operaciones para “financiar nuestra democracia”, como recurrente y descaradamente han dicho sus implicados más desvergonzados.

La “santidad” o el lavado de imagen de estos personajes podría resultarle fácil y barato de conseguir a un Enrique Correa, el gran gestor de *Imaginación Consultores*. Especialmente si se considera su amistad y colaboración con los cardenales Francisco Javier Errázuriz y Ricardo Ezzati, acusados de ser cómplices o encubridores de los abusos sexuales del párroco Fernando Karadima. Aunque ya El Vaticano le ha retirado su confianza a éstos y otros deleznable “príncipes de la Iglesia”.

Como ex dirigente del Mapu y del Partido Socialista de Salvador Allende, Correa también asegura que “la confianza entre el empresariado y el gobierno es la madre de todas las confianzas...” Agregando que en Chile “el mundo empresarial tiene altos índices de decencia”. Expresiones más que contundentes que nos explican el fracaso de nuestra transi-

ción a la democracia, cuando todavía rige la Constitución de 1980 y los niveles de desigualdad social, como todos ya lo saben, son los más pronunciados del mundo.

Claro; es la actividad en la que ha derivado, lo que explica que Correa se gane la plata cuidándole o lavándole la imagen a los empresarios, los políticos y hasta los obispos, aunque estos últimos, dícese, no le pagaron sus asesorías o tal vez se las cambiaron por indulgencias plenarias. Es su exitosa e influyente empresa de *lobby* la que obliga a algunos medios a soslayar informaciones tan relevantes como la que leo en un artículo de la periodista Natalia Figueroa en diario.uchile.cl. En ésta da a conocer una investigación de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile, en la que se revela que la renta regalada por el estado de Chile a las más grandes empresas privadas de cobre asciende a 120 mil millones de dólares, entre los años 2005 y 2014. Tiempo que cubre a tres gobiernos de la posdictadura.

A las privatizaciones de nuestra gran minería ha seguido la implementación de una enorme cantidad de “incentivos” ofrendados por nuestro país a los inversionistas o “emprendedores” que, en realidad, son los grandes beneficiarios de nuestro modelo de alta concentración de la riqueza y desigualdad social. Recursos distraídos al erario nacional que, según se demuestra, podrían financiar la gratuidad de toda la educación y sumar recursos equivalentes a 2 mil 500 tele-tones, que bien podrían destinarse a otros objetivos sociales.

De esta forma es que se entendería plenamente que haya empresarios chilenos y compañías extranjeras interesadas

en consolidar nuestra democracia haciendo aportes al financiamiento electoral y de los partidos. Así como también se entiende que sujetos como Enrique Correa aprovechen su oportunidad de convertirse en el principal *lobbista* nacional. Y amase, ahora, una cuantiosa fortuna personal, como que él mismo se ha convertido en un financista de algunos políticos que le sirven o le han servido.

Alguien, sin duda, que ya no vive como antes y que ha terminado pensando según como ahora vive. Un personaje temible para varios políticos que, reconociendo en voz baja su insolvencia ética, no se atreven a encararlo públicamente. E, incluso, lo sigan aceptando como un chileno de izquierda. Porque no hay duda que también entre sus cometidos está el de apoyar a candidatos y partidos contestes con el sistema político e institucional actual. Como una suerte de mecenas de la política, fundamentalmente por lo que consigue de los empresarios más corruptos y que Correa persigue transformar en aliados de la democracia.

Momios decentes

En esta crónica quiero advertir que nunca se les hayan realizado los justos homenajes que merecen algunos personajes por haberse opuesto tenazmente a la Dictadura. Como periodista pude comprobar cómo a bien andado el régimen castrense, había connotados dirigentes políticos que se suponían “constitucionalistas”, que seguían defendiendo la legitimidad del Golpe y hasta los horrores que le siguieron, mientras que algunos ex parlamentarios de derecha levantaban su voz para fustigar el alzamiento y sumarse a la lucha por lo que llamaban “el retorno a la democracia”.

Como director de Análisis tuve la oportunidad de conocer a Armando Jaramillo y a Julio Subercaseaux y ofrecerles espacio en nuestra revista para sus columnas y colaboraciones, cimentando enseguida una amistad por años y que se prolongara hasta sus respectivos fallecimientos. Es cuestión de imaginarse lo mal que lo pasaron ambos a causa del desdén y los insultos de quienes habían sido sus correligiona-

rios políticos y por largo tiempo estuvieron descorchando botellas para celebrar la “gesta militar”.

Ambos personajes fueron identificados en las asambleas y concentraciones como verdaderos símbolos de los “mismos buenos” y no golpistas. Debe ser su trayectoria legislativa y vinculaciones familiares las que expliquen que no corrieran tantos riesgos por ejercer una dura oposición. Pero ciertamente fueron muy amedrentados, insultados y verdaderamente relegados al exilio interno. Algunas veces más ingrato que el que sufrieron muchos fuera de Chile.

Para Pinochet y sus cómplices políticos y empresariales estoy seguro que lo que más puede haberles dolido era la postura de estos dos disidentes, cuando ya habían conseguido la adhesión de múltiples demócrata cristianos y de no pocos empresarios que, después de tentar negocios con la Unidad Popular, abrazaron rápidamente la acción del régimen cívico militar.

Cuando vino el cambio, Jaramillo y Subercaseaux no fueron convocados a cumplir un protagonismo político en la que prometía ser una Transición a la Democracia, pese a que se habían enrolado en el Partido por la Democracia (PPD) agrupación que jugaría un papel tan relevante en la asignación de cargos públicos. Ambos fueron parte de lo que siempre he llamado un “exilio dorado”, convirtiéndose en embajadores por algunos años como culminación de sus actividades políticas. Suerte que también corrieron varios otros notables y consecuentes personajes como el mismo Radomiro Tomic, Manuel Sanhueza (presidente del Grupo

de Estudios Constitucionales) y el doctor Juan Luis González, el líder de la gran Asamblea de la Civilidad).

Evidentemente, más que un premio, estas asignaciones diplomáticas tuvieron como propósito alejar de la política interna a quienes por múltiples razones no comulgarían con ese entramado de acuerdos, negociaciones e impunidades que para los nuevos moradores de La Moneda serían fundamentales para afianzar la democracia prometida y, por supuesto, hasta ahora traicionada. De hecho, cuando volvieron a Chile todos estos embajadores, de verdad es que terminaron muy a contrapelo con lo que sucedía e, incluso, algunos renunciaron a sus partidos o se marginaron definitivamente de la política competitiva. Lograba, así, plenamente su cometido la Concertación oficialista, con una argucia que también se le atribuye a los dos principales asesores de Aylwin: el ex rector Edgardo Boeninger y Enrique Correa. Este último vigente hasta hoy como el principal lobbista nacional involucrado en las más escandalosas colusiones político empresariales.

Con don Armando y don Julio nos seguiríamos viendo y conversando por algunos años más, hasta que la enfermedad y otros duros abatimientos los condujeron a la muerte. Con ambos tuve la oportunidad de encontrarnos solo Patricia y yo en una cena en el fundo El Cardal en la comuna de Nancagua, que hasta hoy pertenece a la familia Jaramillo. En una curiosa velada para la cual abrieron en nuestro honor un enorme comedor con una mesa por lo menos para doce o quince comensales en que uno y otro ocuparon los

extremos y nosotros nos sentamos al medio y enfrente a demasiada distancia de los anfitriones.

Un mozo de rigurosa chaqueta blanca y corbata, cumpliendo con todos los rigores de protocolo más aristocrático, se encargó de servirnos la comida que había preparado la cocinera que por años habitaba en la enorme residencia de los Jaramillo. Estoy cierto que ambos quisieron con toda esta exquisita parafernalia tributarnos todo su cariño. En una velada en que, por supuesto, de lo único que se habló fue de política, ya que no estaba en ninguno de ellos dedicarle mucho tiempo a otros asuntos.

Pero lo que más recordamos fue la gran altura de la conversación que sostuvimos. Hablaríamos de política, pero de alta política, sin duda, la que no pasaba por los comidillos de las conversaciones actuales en que todo se acota a las perspectivas electorales, mantener o recuperar los cargos de gobierno y del Parlamento. Ambos eran personas cultas y como derechistas, que lo habían sido, no eran nada de pronorteamericanos o defensores de los inversionistas y de las empresas extranjeras enseñoreadas en todo nuestro territorio.

Eran, si se quiere, de un rancio nacionalismo, republicanos auténticos como los que nos habían legado la Independencia (entre los que tenían varios antepasados) y compartían valores humanitarios que yo atribuyo a su formación religiosa. Aunque ninguno de los dos era lame sotas y ya proferían muchas críticas a la Madre Iglesia. Muy viajados y reflexivos, ellos y otros integrantes de su generación me

hicieron entender que el mundo es complejo y abigarrado; que lo que es bueno y razonable para algunos países, puede resultar un completo desastre para otros. Que los cambios hay que tomarlos con tranquilidad y optimismo. Que nada es tan fatal. Pero que lo que más vale en los seres humanos son sus convicciones y consecuencia con ellos.

Chile está en deuda con ellos y seguramente con algunos otros que no tuve la suerte de conocer.

Un monumento para Pinochet

En tiempos de Pinochet, al periodismo obsecuente le costó muy poco otorgarle el título de Presidente a quien había atentado contra el orden establecido, ejerciendo el acto más terrorista y espeluznante que recuerde nuestra historia. Para los primeros medios de comunicación, que surgieron sorteando amedrentamientos y amenazas constantes, realmente fue un problema el de cómo tratar al gobernante de facto. De esta forma es que, a los inicios, los periodistas disidentes lo tratábamos de “jefe de estado”, para soslayar los títulos que se les da a los gobernantes republicanos.

Con el tiempo, sin embargo, lo empezamos a tratar abiertamente de dictador y poco a poco todos los medios que llamábamos democráticos lo dejamos en esa condición. Sin embargo, fue idea de nuestro querido Fernando Castillo Velasco (a quien nombramos presidente del Directorio de nuestra revista Análisis) empezar a referirnos a Pinochet como el Tirano, lo que empezó a adoptarse poco a poco como su apelativo, especialmente en las columnas de opi-

nión. De seguro que esta evolución semántica debe haber explicado mucho las innumerables querellas, persecuciones y cárceles que nos descargaron, pero esta licencia nos daba mucha satisfacción y nos distinguía de los medios periodísticos lacayos y uniformados.

Debo reconocer que al menos en nuestra revista tampoco los ministros, encubridores y cómplices del Tirano fueron muy considerados por los cargos que ostentaban, y siempre mantendremos en nuestras memorias a todos los ejecutores activos y pasivos del Golpe Militar. Muchos de los cuales después siguieron en la vida pública y asumieron altas funciones públicas gracias a la bochornosa transición política, mejor llamada posdictadura.

Pero en materia de lenguaje no me explico ahora la involución que ha sufrido la forma de referirse a Pinochet y a sus secuaces, lo que ha ido de la mano de actos tan espurios como ese homenaje que se le rindió en la Cámara de Diputados. Pinochet, a lo sumo, hoy es el ex dictador y observamos los esfuerzos que hace todavía la misma prensa oficialista de antes, y hasta muchos de los que fueron sus detractores y víctimas, para evitar el uso de la palabra dictadura, prefiriéndole darle a esos fatídicos 17 años el nombre de “régimen militar”.

De ahí se pueden explicar muchos otros despropósitos, como el que Jaime Guzmán Errázuriz, uno de los instigadores intelectuales de la asonada militar, tenga su monumento de recuerdo y veneración. A él le escuché decir en el segundo piso de la Universidad Católica “comunista bueno,

comunista muerto”. Así también se explica que el que fue presidente de la Democracia Cristiana en 1973, Patricio Aylwin, y quien justificara ante el mundo y la Internacional de su Partido el “pronunciamiento militar”, se convirtiera con los años en el sucesor de Pinochet. Y que en un acto con él en el Congreso Pleno recibiera la Banda Presidencial y, por supuesto, la famosa piocha de O’Higgins, el símbolo más republicano que tenemos.

También es público y notorio que hay muchos ex partidarios de Salvador Allende y de la DC que después entraron a contemporizar groseramente con Pinochet y sus adictos. Porque si bien es cierto que se ha condenado a muchos criminales, los autores intelectuales de estos crímenes están ya falleciendo en la más completa impunidad. Y hasta se los trata con demasiada consideración después de haberse robado las empresas de Estado y haber instruido o consentido los delitos de lesa humanidad. Es cosa de ver la vida social de algunos medios informativos para ver esta vergonzosa “reconciliación” de las cúpulas políticas, judiciales y empresariales.

Por ello no resulta extraño que ahora se haya acordado recién el levantamiento de una estatua para honrar a Aylwin, el autor de la “justicia en la medida de lo posible”. Como a otros ex presidentes, pienso que se le lo podría inmortalizar en bronce con sus dos principales colaboradores. Es decir con Edgardo Boeninger y Enrique Correa, de quien Pinochet llegó a decir que si lo hubiera conocido antes no habría dudado en hacerlo parte de su gabinete. Una declaración

que consagrara al motejado *Guatón* Correa como una persona inteligente, sagaz, aunque para muchos tan perversa como el Dictador.

Pero esto que relato, de verdad no debe sorprendernos mucho. En todo el mundo podemos tropezarnos con estatuas de los más siniestros personajes, de los autores de genocidios y guerras fratricidas, tanto que en Chile los gloriosos generales de la vergonzosa Guerra del Pacífico o de la llamada Pacificación de la Araucanía tienen también sendos monumentos. Claro; hace algunos meses descubrí al sanguinario Cornelio Saavedra en un monumento en la ciudad de Mulchén. Como los nombres de las calles y esos monolitos dedicados a los conquistadores de la Patagonia que pagaban por cada cabeza y hasta por las orejas que se les arrancaran a los habitantes indígenas que eliminaron de sus tierras ancestrales.

No sería de extrañarse que en un futuro próximo se proponga, en aras de la completa conciliación nacional, que también se levante un monumento al propio Tirano, cuando después de todo gobernara, como nunca nadie, por diecisiete años nuestro país, y su legado hasta hoy es honrado de diversas formas por los gobiernos que le sucedieron. Y hasta algunos de los que fueron exiliados por él, hasta lleguen a reconocer (en lo que parece una estúpida broma) que fueron beneficiarios de la “beca Pinochet”, para referirse a su forzado desarraigo en Europa y tantos otros países.

Mientras que todos nuestros sitios que conmemoran el horror y rinden tributo a nuestros héroes no reciben

los honores y las compensaciones que merecen para que “nunca más” suceda lo que nos aconteció. Y los presos políticos y torturados deban poco menos que suplicarle a La Moneda y a sus “representantes” en el Parlamento que les asignen una reparación que no sea tan bochornosa, como la que quieren hasta aquí otorgarle los gobernantes, después de treinta años.

Una premonitoria advertencia

Uno de los más extensos y contundentes discursos de Fidel Castro fue el que pronunciara en el Palacio de las Convenciones de La Habana ante un millar de invitados extranjeros, especialmente latinoamericanos. La delegación chilena estuvo integrada por unos cien políticos, dirigentes sociales y empresarios en momentos en que constituía un riesgo que nos marcaran el pasaporte al ingreso o salida de Cuba. Todo tuvimos que hacerlo, en consecuencia, desde Buenos Aires, donde mi esposa se instaló al menos una semana para colaborar con la operación que, entre otros estuvo integrada por Radomiro Tomic, varios otros demócratacristianos y, desde luego representantes de la variopinta izquierda nacional.

No puedo pasar por alto que Fidel y don Radomiro tuvieron la oportunidad de reconciliarse después de unas impertinentes declaraciones del líder cubano, en cuanto a que como candidato presidencial Tomic era solo “el papagayo de Norteamérica”. Acusación que lo ofendiera mucho viniendo

de quien venía, en un desliz que con su invitación Fidel quiso dar por superado.

Pero la anécdota que quiero revelar es otra. En el inmenso recinto de este acto discurrí sentarme al lado de un ameno, culto y divertido socialista chileno que ya había conocido en Ginebra años antes y cuyo nombre me lo guardaré, porque hace tiempo que no sé de él y en que estará. Mi intención era ubicarme cerca de un agudo y experimentado personaje durante lo que sería una larguísima intervención. Tenía como intención inquirir sobre muchos de los asistentes que él ya conocía en su largo deambular por el exilio y las vicisitudes de la izquierda mundial y continental.

Luego de una o dos horas, mi vecino me advirtió de algo que hasta hoy considero asombroso.

-Cuando termine de hablar Fidel, me dijo, los asistentes le van a tributar un largo y bullado aplauso que hasta les va a dejar adoloridas sus manos... Sin embargo, al menos uno de ellos, Heraldo Muñoz, no va a aplaudir y posiblemente sea la única excepción en tan concurrida asistencia.

-Estás loco, le contesté, qué razón podría tener Heraldo para cometer un agravio de esta naturaleza, cuando hasta por protocolo en estos actos todo el mundo aplaude, comulgue o no con las ideas del orador.

-Ya verás, me advirtió. Heraldo se encuentra haciendo méritos para enrolarse como informante o colaborador de la CIA y en este salón debe haber varios norteamericanos conspicuos cuya misión principal, más que escuchar a Fidel,

es observar las actitudes de quienes asisten a este evento, por lo que no podrá manifestar ningún entusiasmo si sabe que lo estarán observando.

Dicho y hecho. Apenas terminó el discurso, ambos pusimos nuestros ojos en el ahora presidente del PPD y efectivamente de sus manos no brotó ningún aplauso, haciendo esfuerzos por conversar con sus vecinos para sortear de mejor forma el desaire. En mi perplejidad, llegué a pensar que Muñoz no aplaudía nunca en acto alguno y que mi amigo sabía de esta costumbre. Pero con los años lo he visto aplaudir con fruición a toda suerte de personajes, por lo que tuve que rendirme al diagnóstico de mi amigo.

A todo esto, habría que restarle importancia si no fuera que, con los años, Heraldo Muñoz se acercó en Estados Unidos y como miembro de nuestra Cancillería se ha prodigado en atenciones con el país imperial, aprobando a pies juntillas o, a lo sumo con algún resquemor, todo lo que discurre en Departamento de Estado. Incluidas las actuales chifladuras de Donald Trump.

Sabemos que se las agenció para vivir cerca de Michelle Bachelet en Washington para después transformarse en su Canciller y, por ende, como su ministro mejor evaluado (lo que habitualmente ocurre con los que ocupan esta cartera). De todos nuestros diplomáticos debe ser el que más empeño le ha puesto en impedir un acuerdo fraternal con los bolivianos en su justa demanda por una salida soberana al mar que le arrebatáramos en la fratricida Guerra del Pacífico. En su gestión como ministro, la verdad es que se desgañitó por

atraer las inversiones foráneas y agradar en todo a la Casa Blanca, razón por la cual es hoy visualizado en el Continente como el principal promotor de la expulsión de Venezuela de la Organización de Estados Americanos.

Ciertamente, Muñoz desde hace tiempo que no es un político ni siquiera vanguardista. Por algo en una reciente entrevista declaró que “ya no tenía sentido hablar de izquierdas y derechas”. Ya somos muchos los que no tenemos dudas de que fue cooptado por el Imperio como uno de sus más afines heraldos y, aunque quisiera retirarse de la vida pública y ya no tuviera necesidad de procurarse un ingreso, se ve que sus patrones le tienen asignadas otras tareas en la política chilena.

Lo que más me irrita (ustedes pensarán que soy muy frívolo) es haber cumplido con el encargo de traerle de Europa dos lindas corbatas que le enviara una buenamoza amiga chilena que a la sazón residía en Roma. Por favor, cómpraselas tú mismo en el Aeropuerto, Juan Pablo, que cuando vaya a Chile yo te las pagaré... Cumplí con la misión, pero de verdad, nunca recuperé lo que me costaron estas prendas que varias veces visualicé colgando de su cuello siempre albo y almidonado. No está demás señalar que en ese tiempo era muy caro para nosotros tentarse con la seda italiana.

La explosión feminista

El periodismo debe ser una de las actividades que más ha contribuido a la igualdad entre mujeres y hombres, al debido respeto que se merecen las distintas identidades de género y a denunciar los atropellos cometidos en contra de los menores abusados sexualmente por quienes detentan algún grado de poder. En muchos países del mundo, como en Chile, las mujeres han ocupado un lugar destacado en las últimas décadas como reporteras, columnistas y editoras de los más distintos medios de comunicación. Es cosa de revisar los colofones de los diarios, mirar los rostros de la televisión y escuchar las voces radiales para comprobar esta situación.

Los medios que fundé y dirigí siempre contaron con la presencia de las periodistas y, sin ellas, pienso que habría sido muy difícil consolidarnos y asumir los objetivos políticos que nos propusimos. De lo que más siento orgullo es en esta confianza que tuve en las mujeres, cuando muchas de ellas recién se iniciaban en esta hermosa y apasionante actividad. También de la posibilidad que tuve de conocer y

ayudar a formar a destacadas periodistas en los largos años que he ejercido docencia en varias escuelas de periodismo.

Los rezagos que muestra la condición de mujer en Chile son todavía muy bochornosos. Ganan menos dinero por las mismas funciones que cumplen los hombres, jubilan con una pensión todavía más mísera que las de ellos y no han alcanzado una paridad en la política y en los cargos públicos como se ha prometido tantas veces, así como incumplido por los dos gobiernos conducidos por una misma mujer.

Sin embargo, ha habido avances notables en algunos aspectos. Hasta hace unas cuantas décadas, la presencia de las mujeres como estudiantes universitarias era mínima, cuando hoy, entiendo, ya es mayoritaria y poco a poco las mujeres se destacan en el ejercicio de la medicina, en el deporte, en la cultura y en múltiples actividades. Varias veces he destacado el sólido liderazgo de dirigentas como Camila Vallejo y otras en las cuales recayó la conducción de las federaciones estudiantiles. Hasta en la astronomía han empezado a destacarse las investigadoras en las disciplinas científicas que por muchos años y generaciones solo parecían destinadas a los hombres. Ello, por supuesto, es reconfortante y borra el ignorante y estúpido mito de la superioridad de los hombres en algunas materias.

En política, aunque son todavía pocas en el gobierno y los otros poderes del Estado, aprecio como periodista que suelen ser las mejores: las que se expresan con más claridad y convicción y demuestran más franqueza y honestidad. Del mismo modo, manifiestan una capacidad de trabajo muy

notable. Ni que decir que, en la industria, donde se requiere ahora más habilidades que la fuerza física de antaño, las mujeres empiezan a competir o consolidarse en un estándar de igualdad con los hombres.

Me explico perfectamente que las injusticias que las han afectado las hayan llevado a tomar posiciones muy radicales, que francamente se nos hacen erróneas e injustas. Es lo que ha sucedido siempre, por lo demás, con todas las explosiones sociales a lo largo de la historia y hasta que los derechos humanos de todos vayan asentándose en la igualdad y la justicia.

Pero para contribuir mejor a las causas feministas, es preciso que las mujeres escojan bien a sus representantes y no le cedan liderazgo a las activistas o a acciones que aparecen desproporcionadas, al menos hasta no agotar las instancias del diálogo y los medios adecuados, los que no siempre deben ser los pasivos y entreguistas. De lo que se trata es que el feminismo convenza, primero, para después vencer. Que no excluya, tampoco, el aporte y la solidaridad de muchos hombres motivados también por la igualdad de género.

Nunca he sido amigo de los pasivos y tibios. Sé perfectamente que en algunas ofertas de diálogo que se les han hecho a nuestras mujeres más rebeldes las autoridades esconden el deseo de echarle luego tierra a las demandas y ganarse puntos entre las mujeres. En este sentido, he sido testigo de su discurso público en contraste con el que mantienen en privado o a hurtadillas.

En este sentido, me siento más cerca de quienes, avalando siempre la causa de las mujeres, han sido estrictos en

criticar los excesos que sin duda se han cometido. Cuando buscan frenar lo que sería una lamentable “caza de brujas” contra personas que pueda ser acusadas a veces por otros motivos y no por su reprochable conducta en relación al otro género. Voces que, incluso contra la marea, exigen “el debido proceso” antes de condenar a alguien, así como su “presunción de inocencia” hasta que no se pruebe sus presuntas faltas o delitos. Otra cosa sería repetir los excesos y las horribles injusticias que históricamente se cometieron contra personas que sí fueron partidarios de abolicionismo racial, por ejemplo. Aunque algunas veces sus tiempos no coincidieran con la velocidad exigida por los más rebeldes o impacientes.

Y en esto creo que ha habido autoridades y medios de comunicación completamente irresponsables que, por su oportunismo o cinismo, más temprano que tarde solo afectarán o retardarán las justas demandas de las mujeres. Y a quienes, insisto, en el periodismo hemos hecho nuestras compañeras desde hace mucho tiempo. Como que pienso que desde ha muchos años están brillando mucho más que los varones en el pensamiento y la acción.

Aunque se dice que el cerebro de Einstein pesaba más que el de otros seres humanos, claramente se ha demostrado que, en este y otros casos, el tamaño o el porte no explican la inteligencia, como el surgimiento de los diversos genios o talentos. Sobre todo cuando las diminutas cabezas y cuerpos de una gran cantidad de sobresalientes mujeres han hecho tantos prodigios a través de los tiempos.

En todo caso, el feminismo es ahora una de las principales “parteras de la historia”. Ellas son “las que la llevan”; tanto o más como en el pasado la clase obrera. Mucho sentido le encuentro ahora a la jocosa advertencia que nos hiciera Napoleón Bonaparte y que yo creo han debido tener en cuenta varios de nuestros rectores universitarios: “las batallas contra las mujeres son las únicas que se ganan huyendo”.

Una esclavitud tecnológica

En relación al último Mundial de Fútbol, además de las pulcras canchas, pudimos observar a las barras y al público que repletaba los estadios. Toda una experiencia para apreciar nuestra diversidad étnica y cultural dependiendo de quienes se enfrentaran en sus diversos cotejos.

No tengo estadísticas, pero sin duda pudimos apreciar a una inmensa cantidad de hinchas verdaderamente alienados en el uso de sus celulares, en el recurrente chateo y otros afanes que ofrece este gran adelanto tecnológico que casi todos nos obligamos a portar. Sin embargo, me quedó la impresión que esta esclavizante práctica se demostraba mucho más intensa entre los latinoamericanos y público del tercer mundo, en un alto contraste con lo que sucedía en las barras europeas en que el porcentaje de los adictos a los llamados *smartfone* nos pareció mucho menor.

Con esto llego a la conclusión de que se trata de una cuestión de educación y cultura en la que el común de los latinoamericanos, asiáticos y africanos seguimos a años

luz de los países del Primer Mundo, o de Europa, para ser más precisos. Incluso en la intimidad de nuestros hogares, cuando concurrimos a restaurantes o nos transportamos de un lado a otro.

De esta forma es que en el metro de París o de Moscú es todavía frecuente observar a gente que lee libros y periódicos, cuando en nuestro país, por ejemplo, es difícil transitar por las calles o trasladarse en la locomoción colectiva sin que debamos observar a esa cantidad de personas obsesivas en el uso del celular. Para mayor abundamiento, solemos comprobar que los que hacen turismo también pecan de esta práctica de mirar solo a través del celular y dejar grabada su experiencia en estos aparatos y no en su disco duro cerebral. Gente que ya no mira a través de las ventanillas de los trenes o buses. Que no se para libremente enfrente de las maravillas de la naturaleza. En su gran mayoría incapaces, ya, de comunicarse verbalmente, sino solo a través del *whatsapp*, generalmente con una ortografía y redacción más que bochornosas.

Todo esto quizás ocurra en el temor que expresaba Albert Einstein cuando nos sentenció que *“el día en que la tecnología sobrepase las relaciones humanas el mundo tendrá una generación de idiotas”*.

Con las cárceles también se lucra

Por pudor y dolor evito hablar y escribir de mis experiencias carcelarias. Es más, con mis propios amigos y familiares soslayo el tema y hago lo posible por saltarme libros y películas que se refieran o transcurran en las prisiones que en todo el mundo restringen la libertad humana y en las que se confina a los llamados delincuentes, pero también a muchos inocentes. Cuando ya se ha dicho tanto que los más malvados personajes jamás son condenados a penas aflictivas como el encierro. Cuestión que en Chile nos sobran ejemplos.

Pero escribo ahora sobre este tema preocupado de la forma en que muchos opinan y exigen el mayor rigor de la Ley para quienes delinquen. Propuestas que buscan veinte, treinta o más años de cárcel para ciertos delincuentes en la idea de que mueran en los presidios y no tengan posibilidad alguna de regenerarse y volver a la vida libre. Qué bueno que el papa Francisco en su viaje a Chile habló de que las cárceles deben castigar a los culpables, pero

siempre en el respeto a la dignidad de los condenados y en la posibilidad de que vuelvan a reinsertarse a la sociedad. Lo dije en la cárcel de mujeres, donde muchas de ellas pagan por severos delitos, acompañadas frecuentemente de sus hijos sometidos sin culpa alguna a vivir también encerrados y, muchas veces, sin siquiera sospechar cómo es la vida fuera de los penales.

Pienso con el Pontífice de que nuestras cárceles no deben limitarse a recluir a los culpables, sino también proponerse reivindicarlos. Sobre todo, cuando sabemos que una buena cantidad de presos ha delinquido por necesidad, por falta de oportunidades de trabajo y, los más jóvenes, instigados y reclutados por bandas mafiosas. Crímenes pasionales y muchas veces horrorosos, sin duda, cometidos bajo la influencia del alcohol o las drogas. Así como por la ausencia de afecto, educación y tratamiento psicológico, obligados muchos de ellos a vivir su infancia en la miseria, la promiscuidad, la orfandad o los contraproducentes tratamientos del Servicio Nacional de Menores... Porque, aunque parezca increíble, también esta institución se ha convertido en un coto de caza para los operadores políticos y el cuoteo partidista.

Con lo anterior, no quiero dejar la impresión de que todos los crímenes los atribuyo al sistema que no supo atender a todos los niños y jóvenes adecuadamente. En el momento que escribo esta crónica nos enteramos de una banda de chilenos detenidos en Barcelona y que se habían dedicado a delinquir internacionalmente. Sin juzgarlos a priori, me atrevo a decir que estos sujetos no delinquen por necesidad,

sino para hacerse ricos en poco tiempo y sin querer trabajar decentemente. Y muchas veces lo hacen de forma brutal a la vez que cobarde, cuando sus víctimas se cuentan entre los ancianos, los niños e, incluso, lo más desvalidos.

Pero volvamos a las cárceles. Sin ánimo de escandalizar, creo que todo el tiempo en que estuve preso por la Dictadura aprendí mucho más que en el colegio o la universidad respecto de muchos aspectos de la vida, de la condición de nuestros semejantes y de los horrores que nuestra sociedad mantiene a causa de la profunda inequidad social. También aprendí mucho de la solidaridad y de la compasión, ambas tan ausentes ahora en nuestra sociedad competitiva y consumista.

Desde luego que por mi experiencia y lo que observé en los demás, me inscribo entre los denominados “garantistas” en relación a la Justicia. Un término del cual abominan los más duros y oportunistas, aprovechándose de que los pueblos suelen anidar feroces sentimientos de venganza y alentar las conductas revanchistas que pueden hacerle ganar aprobación pública y hasta dividendos electorales.

Los que éramos considerados presos “políticos” bien pudimos observar lo que pasaba con los otros, con los internos rematados, con los que habitualmente se quedaban en las cárceles, mientras nosotros obteníamos la libertad. Habiéndolo pasado muy mal, como ellos, aunque habitualmente recluidos por menos tiempo. Si algo todavía me desgarraba el alma era despedirme de ellos cada vez que salía libre, así como reencontrarnos con varios de ellos en el mismo lugar

después de algunos meses o años, cuando volvían a procesarnos por disidentes y reincidentes.

No sabría describir los rostros de los que debían permanecer presos, marcados por una forzada alegría, o justa envidia de nuestra notificación de libertad, cuando nos llamaban “a la reja con todas sus pertenencias”; y un “¡se va libre!”. Momentos en que como nunca valorábamos tanto la palabra “libertad”.

En mi reclusión nocturna en el penal de la calle Lira nos encontrábamos los que éramos condenados a aquella pesada condena de estar presos de noche con los más antiguos que, por buena conducta, conseguían la salida diaria. Todos los cuales igual debíamos dormir bajo prisión en muy incómodas condiciones y corriendo muchos riesgos, especialmente en invierno, cuando debíamos salir a la calle en completa oscuridad.

Pero esta crónica no tiene por intención contar lo que fue para una persona como yo entrar y salir varias veces de las distintas cárceles. Incluso de la de Valparaíso, donde llegué secuestrado y, se sabe, escapando de una sentencia mucho mayor, de no haber tenido la buena suerte que mi detención fue íntegramente grabada por la televisión inglesa, que por esos días estaba en Santiago haciendo un documental con este curioso periodista condenado a trabajar de día y dormir en la cárcel. Los que alertaron rápidamente al país y al mundo. Y le infundió temor a mis captores.

Lo que me propongo es criticar la ligereza con que algunos piden las penas del infierno para muchos delincuentes,

sin sospechar siquiera lo que es estar unos pocos días privado de libertad. “¡Que se les descargue todo el peso de la ley!” claman desde La Moneda, el Parlamento y algunos medios de comunicación. Muchos de los cuales debieran haber sido condenados hace tiempo por enriquecimiento ilícito, fraudes millonarios al fisco, colusión empresarial en contra de los consumidores y tantos otros despropósitos.

Vociferan, así, casi siempre los mismos personajes que después se compadecen de los sentenciados a cadena perpetua cuando se trata de los más tenebrosos criminales del pinochetismo. Recluidos en penales de lujo respecto de las penitenciarías comunes; varias veces reincidentes en sus horribles crímenes; sin manifestar arrepentimiento alguno y nula disposición a colaborar con los jueces para el esclarecimiento de todo el horror que causaron.

En efecto, para los delitos de lesa humanidad se sugieren amnistías e indultos, mientras que los autores de homicidios simples, asaltos y robos muchas veces culminan en penas mayores que las sentenciadas por los tribunales en contra de militares y carabineros. Quienes obtienen condenas ridículas en relación a sus temibles actos, gracias a contar con buenos abogados y siempre acceder a aquellos recursos que por vida recibirán según los rangos y prebendas propias de las Fuerzas Armadas.

Nada sería más satisfactorio para muchas víctimas de la represión que en su hora postrera los criminales pinochetistas pudieran continuar cumpliendo sus condenas en sus hogares. Por algo Oscar Wilde advertía: “perdo-

na siempre a tu enemigo. No hay nada que lo enfurezca más.” Aunque me avengo más con la frase de Sir Bacon: “vengándose, uno se iguala al enemigo; perdonándolo, se demuestra superior a él”.

Pero de lo que no debemos tener duda es que los legisladores y los jueces, antes de expresar misericordia con los más fieros criminales, debieran disponerse a perdonar a los que reconozcan sus crímenes y demuestren plena disposición de enmienda. Pero de éstos sin duda están repletos nuestros penales. Mientras se nos anuncia que habrá que construir varios más para poder encerrar a tantos malhechores arrastrados al crimen por un sistema que consagra las más inicuas desigualdades. Por ser pobres e indigentes.

No olvidemos en todo esto que mantener y administrar cárceles es otro lucrativo negocio para sus concesionarios. Quienes reciben paga fiscal por el número de los presos bajo su “cuidado” y un estipendio adicional si estos se encuentran hacinados. Un nuevo y redondo negocio de nuestro sistema neoliberal.

Viva el populismo

La palabra “populismo” ciertamente está de moda hoy en Chile y en el mundo. Más que una característica de ciertos líderes y gobernantes, especialmente la derecha y los izquierdistas renovados o “reciclados” la usan de forma peyorativa para denostar a los que no les gusta o amenazan sus intereses. Más allá de la repugnancia que nos provoque tan solo evocar a Hitler, a Mussolini, Stalin o Pinochet, lo cierto es que ellos no pueden ser considerados populistas, después del inmenso daño que les hicieron, justamente, a sus pueblos. Lo que fueron éstos es ciertamente tiranos y asesinos, desquiciados o como usted quiera llamarlos, pero en su empecinamiento ellos constantemente despreciaron la voluntad popular. Lo que no se condice con lo que debería considerarse un “populista”.

A cuánto líder se levanta en el Continente, los detractores lo tildan de populista. Populista fue Fidel Castro, el comandante Chávez y tantos otros que han encarnado o, incluso, materializado profundos cambios en sus países. Ahora le toca

el turno a Andrés Manuel López Obrador, pese a haber completado una larga trayectoria de lucha en la izquierda y, en su tercera oportunidad, conseguir la más alta votación que recuerde un presidente en su país, si excluimos a esos gobernantes del PRI que se asignaron los resultados electorales que quisieron, e incluso le bloquearon el legítimo triunfo a Cuauhtémoc Cárdenas y dos veces al propio López Obrador.

El nuevo presidente de los mexicanos, con su enorme ventaja sobre sus contendientes, va a contar con mayoría en el Congreso Nacional y con el apoyo de los gobernadores de prácticamente todos los estados, lo que hace mucho tiempo no sucedía. El periodismo me ha enseñado a mantener distancia y a desconfiar siempre de los políticos redentores, pero más allá de lo que suceda podemos tener la seguridad de que López Obrador lo que se propone es servir a su pueblo, atender sus demandas económico sociales y pararse con dignidad frente a los Estados Unidos de Donald Trump. Está por verse cómo le vaya.

Tarea particularmente difícil en un país descompuesto por los narcotraficantes, el crimen organizado y las agudas diferencias de clases. Ojalá le fuera bien, pero lo que se propone es constituirse en un buen populista, esto es actuar conforme a los deseos de sus ciudadanos y dentro del respeto a la ley vigente que, desde luego, debe proponerse modificar o actualizar para alterar el sistema institucional que consagra, como aquí, la hegemonía de los poderosos, la justicia venal, la corrupción y el desdén por los oprimidos.

Ojalá que todos los candidatos a lo que sea postulen dentro de la política se propongan ser populistas, buscar

el asentimiento de sus naciones y someterse a su monitoreo y posible destitución por el pueblo, en caso de que no cumplan sus promesas electorales o les pique la ambición de perpetuarse en el poder. De allí que una de las primeras reformas que se propone López Obrador sea la posibilidad de consultar a los mexicanos para que éstos pueda revocar su poder si es que les parece. ¡Vaya qué temerario y arriesgado nos parece este propósito!

Si uno recuerda las expresiones de varios de nuestros gobernantes (dictador incluido) muchos llegaron a decir que ellos eran los que mandaban y ciertas medidas las iban a implementar sí o sí, contaran o no con el deseo de los chilenos. Ellos “mandaban”, por supuesto, por lo que nunca se sintieron mandatarios, como lo determina la propia Ley, es decir gobernantes que son elegidos por el pueblo para obedecer su voluntad y no imponerle lo que contraría sus deseos. Incluso nuestra única mandataria se permitió desestimar o postergar reformas que ella misma había prometido en campaña, como ocurriera con el cambio de Constitución y la posibilidad de convocar a una Asamblea Constituyente. Ojalá que en ésta y otras materias se hubiera comportado como una populista...

Pero también es muy curioso que muchos líderes sociales sean tildados también de populistas cuando proponen cambios y convocan a masivas manifestaciones para impulsarlos. Nos consta que Luis Emilio Recabarren, Clotario Blest, el propio Alberto Hurtado y tantos otros fueron motejados también de populistas, como después lo fueron los dirigentes del cobre que se levantaron contra la Dictadura.

Hoy también se acusa de populistas a Luis Mesina y a los integrantes de NO+AFP, hartos del régimen previsional que nos rige y que condena al pueblo de la Tercera Edad a recibir miserables pensiones después de tu retiro laboral. Mientras los administradores del sistema realizan el considerado más rentable de todos los negocios de la Tierra al recaudar y lucrar con las cotizaciones previsionales.

No por lo anterior debemos creer que siempre el populismo le acarrea progreso a los países. Muchos populistas derivan en traidores y corruptos. La política proteccionista del demente que hoy ocupa la Casa Blanca puede aparecer populista cuando se propone implementar una economía proteccionista o impedir que lleguen a Estados Unidos más inmigrantes, temas por los cuales es posible explicarse su triunfo, aunque obtuvo menos votos que su contendora Hillary Clinton. Lo populista habría consistido en este caso que Trump tuviera piedad con las miles de familias emigrantes que incluso fueron separadas entre padres e hijos por su sistema represivo y las deportaciones que se dispusieron. Que reconociera que su país debe su desarrollo a muchos crímenes y despojos cometidos por sus guerras de ocupación, pero también gracias a los millones de emigrantes que llegaron a hacer industria, agricultura y convertirse en obsesivos consumidores.

Trump, indudablemente, no es populista. Es un insensato e ignorante, amparado por su riqueza y soberbia más que cualquier otra cosa. Así es que cuando su gobierno, entonces, acusa a otros de populista, realmente los sindicatos por él deben sentirlo como un mérito.

Obras son razones

Todas las personas que destacan por alguna actividad reciben numerosos reconocimientos, pero también son víctimas de los sinsabores que producen la envidia, el rencor de los mediocres y tantos otros despropósitos. No hay en la historia seres exitosos que sean universalmente reconocidos y valorados. Ni los grandes líderes mundiales, ni los mismos santos o los benefactores que se han prodigado sirviendo a las más nobles causas.

Douglas Tompkins con su dinero adquirió miles de hectáreas en el sur de Chile, para protegerlas de la depredación y terminar cediéndoselas al Estado, fue acusado de un cuanto hay y, hasta su muerte, tuvo que enfrentar siniestras operaciones en su contra alentadas por políticos, empresarios y, por supuesto, aquellos medios de comunicación dedicados siempre a poner en duda su altruismo. A sus detractores les molestaba que él fuera un millonario que no quería ganar más dinero y con cuya fortuna se proponía salvar nuestro medioambiente. Indignación también provocó Tompkins

en quienes compraron tierras para revendérselas a él y sacar provecho de esta transacción. Él siempre prefirió entenderse con los propietarios originales de la Patagonia y no con los intermediarios y especuladores.

Al empresario Carlos Cardoen le ha pasado mucho de esto y también sabe perfectamente lo mal que caen muchas de sus acciones en varios de sus propios colegas que, habiendo amasado una fortuna aún mayor que la suya, no están dispuestos a emprender obras sociales, culturales o de otra índole a favor de la comunidad nacional. Salvo que algunas de las donaciones que hacen les permitan reducir sus impuestos, desde que se legislara para incentivar que los empresarios se metan la mano al bolsillo en beneficio del país, incluso sin dejar de ganar más dinero. Erogaciones que a la postre, entonces, son financiadas por el Fisco si se considera los impuestos que deja de recaudar por este concepto nuestro Estado.

Este emprendedor santacruceño ciertamente tiene mucho dinero y sigue haciendo muchos y buenos negocios. Gracias a una invitación que recién nos hiciera con el periodista Fernando Paulsen y el abogado Juan Pablo Hermosilla, de su boca escuchamos cómo había crecido su “imperio”, ya no gracias a las criticadas bombas de racimo que en un momento produjo, sino a inversiones muy sólidas en la industria del acero, la vitivinicultura, la energía renovable y la hotelería, entre otras múltiples actividades.

Pero no es de sus buenos negocios que queremos dar cuenta en esta crónica sino de su loable e infatigable idea

de construir el museo histórico y arqueológico más completo de Chile, si se consideran sus propósitos didácticos y la inmensidad de tesoros que exhibe de lo que ha sido el transcurso humano y, especialmente, el legado de nuestros pueblos autóctonos. Una secuencia enorme de salas en que se conservan verdaderas maravillas de la orfebrería, la numismática, restos óseos, el mobiliario y un sinfín de rocas, piedras preciosas en que está escrita la inteligencia y la evolución de la humanidad. Y también, por supuesto, la naturaleza. Desde la edad de piedra, pasando por la de los metales, la conquista de nuestro continente, el colonialismo y la Emancipación de nuestros pueblos. Objetos, libros y textos históricos sobre Bolívar, San Martín, O´Higgins, Manuel Rodríguez y los padres de nuestra gran patria americana, así como de un gran número de gobernantes, intelectuales, artistas y otros forjadores de nuestra República. Donde podemos observar, entre muchas otras maravillas, el acta de la Primera Junta de Gobierno de 1810 o el piano de nuestro Libertador, quien en su tierna juventud lo que pretendía ser era músico. Así como el retrato del gran inspirador e instigador de toda la revolución independentista, como Simón Rodríguez.

Yo ya había visitado antes este Museo De Santa Cruz, pero ahora pude apreciar cómo éste ha crecido y sumado una experiencia fantástica en la forma en que se explica, por ejemplo, la evolución del universo. Ese macrocosmos observado tan atentamente por todos los pueblos “primitivos” y ese sinfín de herramientas, maquinarias para la labranza, la

construcción y la guerra derivadas de la inteligencia humana y de nuestro constante afán de subsistencia y conquista: A todas las cuales se le ha añadido una inscripción bilingüe que fascina (como lo pudimos observar) a los visitantes nacionales y extranjeros, como muy especialmente a las nutridas delegaciones de estudiantes que visitan el Museo.

En manos de la Fundación Cardoen todo lo que ahí se acopia debe sumar cifras siderales, pero se trata de un patrimonio que no tiene otro destino que el de perpetuarse en el tiempo y servir a las generaciones actuales y venideras. Un Museo que su creador ha ubicado junto a un gran Hotel y un Casino de Juegos, en que las utilidades que dejan los ludópatas se destinan a la conservación del mismo y a la adquisición de más y más restos de la presencia humana y de los otros seres vivos que nos acompañan en la Tierra. Pero, además, lo que nos llega desde el espacio, si se consideran la colección de aerolitos que también se exhiben allí.

En un notable mapa que se nos regala, observamos con acierto lo que estaba sucediendo en todo nuestro planeta mientras se desarrollaba la cultura china, egipcia, la romana o las indoamericanas. Coincidiendo entre nosotros el haber estudiado en nuestras clases de historia sin que nos hiciera el necesario paralelo de lo que acontecía en todos los continentes. Por lo cual se descubren impresionantes coincidencias, viajes e intercambios que borran los mitos de algunos “descubrimientos” y nos señalan que con Vasco de Gama, Magallanes, piratas y corsarios diversos hubo muchos otros navegantes, antes y después de éstos.

Después de recorrer por unas tres horas el Museo y maravillarnos de la explicación que Cardoen nos da de cada sala, vidriera y objeto, fuimos con él a conocer su viña en Lolol, a unos cuantos kilómetros de la ciudad. Un inmenso y ordenado paraje que pudimos observar desde la punta de un cerro al que subimos en un funicular ad hoc comprado en Suiza, como nos indicara. Una gran plantación que también alberga su Museo del automóvil con más de un centenar de vehículos de todos los tiempos y modelos que realmente da cuenta de cómo ha evolucionado esta industria desde los primeros ejemplares de la Ford, que lleva el nombre de otro genuino emprendedor, aunque estadounidense.

Gracioso nos pareció un hermoso automóvil y en perfecto estado, como todos, al que se le puso una insignia que nos hiciera creer que se trata de un modelo específico o exclusivo de esta colección, cuando en realidad solo se trataba de tres letras con un grueso epíteto contra los Estados Unidos... Acaso el enemigo más poderoso que ha tenido Carlos Cardoen y por el cual está obligado a permanecer siempre en Chile para evitar una orden de captura internacional, sin que se le haya abierto un proceso que demuestre el haber vulnerado la Ley estadounidense, aunque sí desafió las pretensiones de la Casa Blanca y el Departamento de Estado en cuanto a monopolizar la fabricación y la venta de armas a algunas naciones. Un confinamiento sin juicio y condena judicial que, según entiendo, rompió solo un par de veces viajando a Cuba en vuelos dispuestos por Fidel Castro, con quien cultivó una buena amistad. También los amigos de

las motos pueden apreciar otra magnífica colección cuya propiedad comparte con el humorista Coco Legrand. Una muestra magnífica del diseño que se le ha aplicado a estos arriesgados medios de transporte y recreación motorizados.

Pero no puedo dejar sin consignar que entre los automóviles hay un Mercedes Benz completamente blindado que perteneciera a Pinochet y se hallaba en uso al momento del atentado contra su vida en el Cajón del Maipo. Aunque nos produce cierta repugnancia este lujoso y poderoso automóvil debo reconocer que es un acierto exhibirlo porque, querámoslo o no, es parte de nuestra historia. Así como las armas, banderas y otros que pertenecieron a los grandes jerarcas nazis, cuanto a algunos de sus admiradores chilenos. Es bueno, me quedé pensando, que los museos tengan cierto eclecticismo.

Cuento aparte es el pabellón destinado a lo que fue el rescate de esos 33 trabajadores sepultados por el desmoronamiento de la mina San José en el Norte. Por la impresionante y fiel recreación que se ha hecho del lugar y la que fue una de las proezas más grandes de nuestra historia y del mundo, según lo que aquí mismo se logra constatar. En medio de las poderosas máquinas y herramientas que condujeron hasta su cautiverio, donde permanecieron por tanto tiempo privados de todo, menos de la esperanza que puso el primer gobierno de Piñera en su rescate. Contando con el talento y la acción de ingenieros y técnicos registrados por este museo y cuyos nombres se hacen parte de nuestros héroes civiles.

Nos impresionaron mucho los relatos de Cardoen acerca de cómo ha adoptado la energía solar en todas sus dependencias y los esfuerzos que hace para que el país adopte estas nuevas fuentes, llegando a constituirse en uno de los principales productores de energía renovable del país. Como también su experiencia con los productos agrícolas que aplica en sus plantaciones, de forma de impedir la destrucción de nuestro medio ambiente natural. Encima de la Viña se puede apreciar un gran espacio dedicado a la cultura Rapa Nui, con piezas también de colección al alcance de todos los visitantes, además de las múltiples salas de conferencias, de cine y otros para la difusión de esta rica cultura. Lo que nos recuerda que también somos un país que mantiene colonias de ultramar.

A pocos metros, además, pudimos enterarnos de un observatorio astronómico que resulta ser muy visitado al caer la noche, dentro de los múltiples atractivos que tiene este enclave cultural de la ciudad de Santa Cruz. Sin duda destinado a constituirse muy luego en uno de los principales centros turísticos del país gracias al Museo, la hotelería, los vinos y tantos otros productos Cardoen, con los cuales este empresario toma distancia de la voracidad de la mayoría de sus colegas que se coluden para estafar a los consumidores, arrancarle el cobre a nuestros yacimientos, sobreexplotar nuestros bosques sin dejar nada o demasiado poco en Chile. Ni siquiera pagando sueldos dignos.

Cardoen tiene, por supuesto, muchos detractores pero sus obras hablan del inmenso aporte que cotidianamente le

hace al país. Incluso cuando se dedicó a fabricar armas y con ello, como nos dijo, lograr que nuestras Fuerzas Armadas pudieran apertrecharse de productos y mano de obra nacionales en vez de pagar los precios estratosféricos que gasta tan inútilmente. Y que, como muchas veces lo he afirmado, han atentado sobre todo contra su propio pueblo.

Derribando mitos

Quien quiera salga a recorrer las ciudades y pueblos de Chile podrá comprobar lo que se ha oscurecido la piel de sus transeúntes por efecto de las últimas inmigraciones. Son especialmente los haitianos los que provocan este cambio, aunque todavía los provenientes de este país caribeño son muy pocos en relación a los colombianos, bolivianos, peruanos y otros que han venido a radicarse a nuestro país. Sólo que los haitianos se notan más por su color, estructura física y por el idioma que hablan, el que nos es extraño y difícil de entender.

En donde vivo y circulo, la Sexta Región, el cambio demográfico es sorprendente. Cientos o miles de haitianos dirigiéndose muy temprano en bicicleta a trabajar en las labores agrícolas, así como muchos otros que se desempeñan como acomodadores de autos, mecánicos, o en la atención de las gasolineras. Por lo mismo que es muy difícil soslayar su presencia, menos todavía con el inmenso aporte que han hecho en materia de amabilidad y alegría en la ejecución

de sus trabajos. Cuesta arrancarle alguna crítica al país que los está acogiendo, a pesar de que conocemos los abusos a que están sometidos, así como al mismo menoscabo de los trabajadores chilenos que se van sintiendo desplazados por ellos. Sería ingenuo pretender que ahora existen empresarios, alcaldes y otros diversos empleadores que los acogen por un acto de nobleza, justicia o siquiera compasión. Lo que pasa es que a los inmigrantes se les puede pagar menos, evitarse por algún tiempo el pago de sus imposiciones y el pleno cumplimiento de su jornada y derechos laborales.

Los haitianos vienen para quedarse, establecer familias y reproducirse, como generalmente ocurre con todos los migrantes, y ya veremos cómo en unos años más vamos a tener cantidades de niños mulatos y crespitos producto de su integración social. Lo mismo que ocurre desde que el mundo existe y los pueblos eran nómades o buscaban mejores horizontes.

En algún momento hubo quienes plantearon la existencia de una “raza chilena”, como resultado de la fusión de los conquistadores castellano vascos con nuestros pueblos originarios. Un absurdo mito propalado por algunos “intelectuales” que siempre han perseguido atribuirnos una identidad que nos diferencie de nuestros vecinos, nos haga exclusivos. Una creencia demasiado antojadiza, cuando al mismo tiempo que venían estos a radicarse a América, también lo hacían los gallegos, los andaluces, los extremeños y tantos otros que dieron origen a la población ibérica y ahora hasta se resisten a ser reconocidos como españoles, por encima de sus propias autonomías.

Con las invasiones chilenas a territorio peruano y boliviano es evidente que atacameños y otros pueblos tuvieron que adoptar nuestra nacionalidad e integrarse con los ávidos sureños que llegaron al Desierto de Atacama a explotar el salitre y el cobre, cuando ya se comprueba que hasta los sacerdotes y misioneros se arremangaban las sotanas para hacer patria en estos despoblados parajes.

Es cosa de fijarse en sus apellidos para comprobar la presencia de los croatas en el extremo norte y sur de Chile. Y, con ellos, los alemanes, ingleses, polacos, holandeses y otros que, además, fueron invitados por nuestros gobiernos a radicarse en nuestro país, poniéndoles como incentivo toda suerte de privilegios. Entre ellos, cediéndoles tierras, que pertenecían, muchas veces, a nuestros pueblos ancestrales. Apellidos franceses por doquier en nuestra política y Fuerzas Armadas, como los Pinochet y los Bachelet. Y para qué decir los palestinos, sirios y otros que poblaron nuestras industrias y comercio. Además de los chinos y sus restoranes, como ahora su industria automotriz y lo que se nos antoje comprar en materia de electrodomésticos y toda suerte de maquinarias y productos suntuarios y hasta de dudosa reputación. Aunque en algún momento habíamos llegado hasta presumir de nuestra industria nacional, especialmente de la calidad de nuestra “línea blanca” y telas.

Buenas estadísticas no tenemos, pero sí la completa seguridad de que los mismos chinos, colombianos, argentinos y europeos son originalmente muchísimos más que los haitianos de los cuales tanto se habla en este momento, y

que han llevado a las autoridades a imponerles normas de restricción para ingresar a Chile.

Por supuesto que desde hace mucho tiempo que los mitos se han derribado en todo el mundo. Los blancos o caucásicos cada vez son menos en Europa, incluso hacia el Polo Norte del continente. Así como ya resulta impropio hablar de los “asiáticos” en relación a su aspecto físico de sus habitantes, o referirse a los negros del África sin excluir, entre tantos otros, a los egipcios e israelíes que ocuparon la histórica Palestina y han constituido uno de los estados más poderosos del mundo.

Ciertamente que nuestra identidad racial empezó a esfumarse desde el momento mismo de la conquista española, portuguesa, británica y francesa en nuestro gran continente. Hoy somos un enorme crisol y fusión de etnias y colores, cuando ya es prácticamente imposible que los propios mapuches o los herederos diaguitas puedan presumir de pureza racial. Basta escuchar muchos de sus apellidos o hacerse un estudio del ADN para que comprobemos cuánto circula de ellos por nuestra venas y cuánto de los que llegaron a conquistar estos territorios. Aunque nos parece loable que los llamados alguna vez araucanos luchen por su reconocimiento y derechos.

Se decía también que los chilenos y latinoamericanos consolidábamos identidad en nuestro idioma y creencias religiosas. Aunque lo primero es muy cierto, ya hemos perdido la cuenta de cuánto ha declinado nuestra lengua con los anglicismos y galicismos. Como, también con el mapudun-

gun, lo que parece mucho más natural y explicable. Aunque siempre he envidiado a los paraguayos que fueron capaces de imponerle el guaraní a los conquistadores y clases altas.

Hay barrios, tiendas comerciales, programas televisivos en que el inglés predomina y se fomenta expresamente. Al grado que algunas autoridades políticas y “educacionales” nos han plantado como objetivo que las nuevas generaciones dominen el inglés, incluso el chino mandarín si siguen tan bien nuestros flujos comerciales con el país a punto de ser el más poderoso de la Tierra. Algo muy extraño cuando la inmensa mayoría de los chilenos no se expresa bien siquiera en castellano y tiene una bajísima percepción de lo que lee en nuestro idioma, según las mediciones que hace el Simce, por ejemplo. Cuando se reconoce, por el contrario, que la presencia de peruanos y bolivianos en la servidumbre de los más ricos, como las “nanas”, ha colaborado fuertemente a mejorar la dicción, el vocabulario y la conversación de muchos niños a su cuidado, como a comer más nutritiva y sabrosamente.

También se llegó a afirmar que nuestra condición de chilenos estaba marcada por la fe católica que la inmensa mayoría profesaba. Lo que es una verdad muy a medias, cuando con los migrantes de todos los tiempos llegaron las iglesias evangélicas, los judíos y hasta los musulmanes. Además de los ateos y agnósticos que hoy se constituyen en una verdadera moda, especialmente después de los escándalos del clero.

Varios programas de televisión y publicaciones se empeñan en asegurar que existe también una comida chilena.

Que producimos y preparamos platos de raigambre criolla. Lo que también es mitad verdad y mitad mentira como ocurre con las empanadas, las cazuelas, el curanto y otros preparados, los que a lo sumo tienen algunas variedades respecto de lo que se cocina en otros países.

No escribo esto con nostalgia, ni menos en materia culinaria, donde podemos apreciar la gran cantidad de restaurantes y otros que han venido a enriquecer la oferta gastronómica... A pesar de que el *sándwich* y el famoso PTM (*hot dog*, palta, tomate y mayo), siguen siendo los preferidos de nuestra población que ahora se me ocurre consume más cerveza que nuestro afamado vino. Así como más gaseosas que jugos naturales.

Pienso que es una suerte que al país más alejado del mundo lleguen pueblos diversos de diferentes culturas y costumbres. Así podría fortalecerse una propia identidad, siempre que ésta se base en la tolerancia y no en el sometimiento o esclavitud de quienes vienen a Chile obligados por la necesidad, más que por las “ventajas comparativas” que mueven a los inversionistas extranjeros. Que también son inmigrantes, aunque no suelen reconocer más patria que la del dinero.

Cheyre versus Cheyre

”Tacnazo” es el nombre que se le dio a la insurrección militar del general Roberto Viaux Marambio durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, el 21 de octubre de 1969. Un acuartelamiento que puso en la cuerda floja nuestra institucionalidad y que pudo ser sorteada cuando el militar rebelde y sus cómplices entendieron que su movimiento no lograba adhesión dentro del Ejército y las Fuerzas Armadas y, por el contrario, concitaba el más amplio repudio ciudadano y una masiva y espontánea concentración de personas enfrente de La Moneda. Allí donde por largas horas permaneció un nervioso Presidente de la República impartiendo instrucciones para abortar el conato militar y lograr la rendición del oficial rebelde. Después, en todo caso, de atender y satisfacer varias de sus demandas relativas a aumentos de sueldos, remoción del comandante en Jefe y otras exigencias. Como la historia posteriormente lo demostró, este incidente anotó un nefasto precedente para que el 11 de septiembre de 1973, Pinochet tuviera éxito en su conspiración y Golpe de Estado.

A la sazón, yo era estudiante de Periodismo y había tenido la suerte de conocer a la familia Cheyre Espinoza, gracias a que fui compañero de curso de mi amiga Consuelo, hija del general Cheyre Toutin. Por lo mismo es que, apenas conocida la noticia del Tacna, corrí a la casa de don Emilio y su encantadora esposa Mara para enterarme de primera fuente de lo que empezaba a ocurrir, cuando ya muchos pensaban que podría tratarse de un acto destinado al derrocamiento de gobierno demócrata cristiano de la época. Una administración que, dicho sea de paso, no expresaba mucha simpatía por las fuerzas castrenses, aunque con los años algunos dirigentes de este Partido golpearon las puertas de los cuarteles para promover el derrocamiento de Allende y justificar la acción militar por largos meses y años. Mal que mal, estábamos en plena “Revolución en Libertad”, con reforma agraria, recuperación del cobre y otros logros que ciertamente no eran del agrado de los uniformados ni de la derecha.

La cuestión es que llegué a la casa de los Cheyre en el momento mismo que el general había sido nombrado Comandante de las fuerzas leales al estado de derecho y se aprestaba para salir al Tacna a enfrentar al general Viaux. Lo vi, justamente, poniéndose el uniforme de combate completamente decidido a irrumpir lo más prontamente posible en el regimiento de Artillería tomado por los insubordinados. Dispuesto a asumir una actitud que hiciera gala de su fama de militar duro, leal y decidido. A pesar de que en la intimidad siempre lo aprecié como un hombre afable, con

un particular humor, bondad y sentido común. Tal como pude comprobarlo habitualmente los domingos en su casa a la hora del té , donde nunca faltaba una torta de mil hojas, hasta ahora, mi pastel favorito. Como también pude apreciarlo en su fundo en las cercanías de Temuco, donde presenciábamos por televisión la llegada del primer hombre a la Luna. Algo inolvidable, por cierto.

De repente, en medio de toda esta tensa y expectante situación, irrumpe apresuradamente en la casa Juan Emilio Cheyre Espinoza, el hijo mayor del General, sin saber que su padre había sido recién encomendado por el Gobierno para hacer frente al Tacnazo. Venía solo muy a la carrera para partir presto a enrolarse en el movimiento del general Viaux, lo que notificó a su progenitor y superior jerárquico. Claro; se trataba de un joven militar que apenas iniciaba su carrera y, por cierto, se hacía ingenuamente parte del descontento castrense que existía entonces y siempre con la política. En la idea de que los chilenos estaremos siempre en deuda por las glorias y triunfos bélicos de nuestro “Ejército jamás vencido”, como acostumbra a ufanarse sus integrantes. Pese a que en las guerras fratricidas que nuestro país ha acometido, las víctimas han sido regularmente los civiles reclutados y caídos en los campos de batalla. Mientras los altos oficiales seguían los combates contra peruanos y bolivianos desde la Capital, a miles de kilómetros de distancia.

No alcanzó Juan Emilio a justificar su adhesión a Viaux cuando escuchamos un estruendoso grito de su padre: **¡Arrestado!** Al tiempo que le exigía recluirse de inmedia-

to en su dormitorio donde permanecería los días siguientes hasta que la situación quedara superada y se disipara cualquier sospecha del terrible desacuerdo y contrariedad entre el padre y el hijo respecto de este histórico episodio. Aunque fui un testigo privilegiado de esta circunstancia, siempre pensé guardar silencio sobre lo que había presenciado porque, mal que mal, Juan Emilio acató la orden del general Cheyre y se trataba de un incidente al interior de una familia que quise mucho y guardo hasta hoy los más gratos recuerdos.

Con el tiempo, el ya retirado general Cheyre Toutin fue nombrado por Frei como Director General de Investigaciones, la policía civil, cuando también lo visité en sus nuevas dependencias y me confiara lo fascinante que era ejercer ese cargo y poder revisar o solicitar informes de quien se le antojara. Parecía que estaba disfrutando plenamente de un botín de información, para entonces en fichas de cartón, cuando todavía no asomaban los computadores, las redes sociales y los recursos más modernos y siniestros, incluso, para rastrear a todo el mundo.

Incluso, debo reconocer, soy de los que creyó que Juan Emilio Cheyre, quien alcanzara después el grado de Comandante en Jefe del Ejército, había logrado escapar de todas las repugnantes acciones represivas de la Dictadura. Confiando, además, que el nombramiento que le hizo Ricardo Lagos estaría precedido de una eficiente y minuciosa indagación sobre su conducta, liberándolo de cualquier cargo o duda al respecto...

Como director de Radio Universidad de Chile tuve la oportunidad de entrevistarlo y ser visitado por él en dos oportunidades donde conversamos de lo humano y lo divino. Aportándome, por lo demás, información que para mi resultó muy valiosa respecto de cómo a nuestra revista Análisis había llegado el expediente de la “Caravana de la Muerte” y del detalle de sus horribles crímenes que tuvimos la oportunidad de denunciar en una edición que causara alto impacto público pero, curiosamente en este caso, sin ningún requerimiento judicial en nuestra contra. Asegurándome que la recepción por nosotros de este acopio se debía a un acto de “contrainteligencia” de Pinochet para desbaratar las pretensiones del cabecilla de esta operación criminal, el general Sergio Arellano Stark, de quien el Dictador supuso o supo que estaba conspirando en su contra.

Sin embargo, ahora resulta que el general Cheyre Jr. está siendo imputado por algunos de los graves incidentes precisamente de esta secuencia de cobardes y alevosos homicidios de la Caravana de militares que viajó por el país matando y torturando a decenas de presos políticos. Por lo que se sabe o se rumora, algunos abogados me aseguran que el ex Comandante en Jefe sería próximamente condenado a una pena aflictiva. Que ni el benevolente juez de Derechos Humanos, Mario Carroza, podría seguir soslayando las acusaciones en su contra y dejar de aplicarle una ejemplar condena. La que posteriormente pueda ser ratificada o desestimada por las cortes superiores de nuestros Tribunales. Instancias que, debiendo aplicar la Ley, la verdad es que

muchas veces contemporizan con los intereses de los otros poderes del Estado y, desde luego, son sensibles a las presiones que saben ejercer instituciones como las uniformadas.

Está por verse lo que ocurra en tal sentido, pero de lo que no hay duda es que el grito y la orden de arresto ordenada por el general Cheyre contra su hijo Juan Emilio, ciertamente salvó a su heredero de involucrarse en una acción sediciosa a inicios de su carrera militar, permitiéndole después empinarse hasta la superioridad del Ejército. Para cumplir, de todas maneras, una importante misión en los albores de nuestra interminable Transición a la Democracia, y en que ha debido soportar los más enconados odios de los uniformados condenados por sus crímenes y que piensan que él pudo o debió hacer más a favor de quienes cometieron delitos de lesa humanidad y son hasta hoy imputados y condenados. Sobre todo si él mismo se habría involucrado en uno de los episodios más horribles de la represión.

La Gran “mentira oficial”

A pesar de que existe una “versión oficial” que asegura que el Presidente Allende se habría suicidado en La Moneda el 11 de septiembre de 1973, la verdad es que son muy contundentes los testimonios y estudios que señalan que el Mandatario fue, en realidad, asesinado por el primer comando militar que asaltó el palacio presidencial, después del bombardeo realizado por la Fuerza Aérea ordenado por Augusto Pinochet. Lo extraño es que la idea de que él mismo se quitó la vida haya sido corroborada desde un principio por algunos de sus propios parientes y amigos, los que hasta hoy no hayan exigido una investigación minuciosa de los acontecimientos. De los numerosos delitos cometidos por la insubordinación militar, y que, por su gravedad, no prescriben.

Periodistas como Camilo Taufic y Maura Brescia, o el propio cineasta Miguel Littín, han dedicado indagaciones, libros y películas destinadas a probar la inconsistencia de esta versión oficial, porque ciertamente nada coincide con el cadáver que se le presentó oficialmente a la prensa; exis-

ten profundas sospechas sobre la forma en que se realizó la autopsia, como de la ligereza o falta de minuciosidad con que se realizó su exhumación. Dándole rápida y prácticamente clandestina sepultura durante el gobierno de Patricio Aylwin, el autor de la famosa frase de que en Chile había que “hacer justicia en la medida de lo posible”.

El 17 de noviembre del 2014 tuve la oportunidad de entrevistar por Radio Universidad de Chile al ingeniero Robinson Guerrero, con quien desde entonces nos hicimos buenos amigos. Acudió él a este periodista para entregar una información que guardó por largos años y por la que ambos pensamos que su difusión podría inducir a los tribunales a investigar las circunstancias en que murió el Presidente Salvador Allende. En efecto, mientras él contestaba mis preguntas pensé que íbamos a dar un golpe periodístico y que el conjunto de la prensa, las organizaciones de Derechos Humanos y la política habría de reaccionar exigiendo la veracidad de lo que Robinson Guerrero nos confió y que además reproducimos en nuestro Diario Electrónico.

Manejando él mismo su citroneta, el que era en ese momento un joven profesional de la Corfo, vio que se le cruzaba velozmente una camioneta de esta institución pública, la que, por cierto, llevaba distintivo oficial. Al hacerle un ademán para representarle su imprudente proceder, el conductor de la camioneta frenó bruscamente, descendió del vehículo y él fue a enrostrar a quien le había llamado la atención, por supuesto sin sospechar de que el chofer de la camioneta era un oficial del Ejército que, convertido en un verdadero energúmeno, lo insultó y decidió detenerlo vio-

lentamente a fin de conducirlo de inmediato a un recinto militar de campaña en la Quinta Normal de Santiago. Todo esto en pleno febrero de 1974 cuando los militares estaban en exultante guerra contra sus connacionales y no estaban para nada dispuestos a que un civil cualquiera les representara sus despropósitos.

Ello explica, entonces, que Robinson Guerrero, mi entrevistado, haya sido obligado a ponerse “manos en la nuca” frente a un murallón, en la idea de que iba a ser fusilado nada más que por este incidente y porque a su captor le pareció con solo observarlo que por su juventud, bigotes y por haber estudiado en la Universidad Técnica del Estado no podía ser más que otro despreciable marxista. El detenido nos atestigua que junto con depositarlo frente a la pared, el militar les dio instrucciones a los miembros de su comando que procedieran a fusilarlo ante cualquier movimiento extraño del detenido y que a su regreso procederían a organizar el pelotón respectivo.

A las dos horas resulta que el energúmeno retorna, vuelve a insultarlo procazmente, así como para ufanarse de que él, René Miguel Riveros Valderrama, había formado parte del comando dirigido por el general Javier Palacios que irrumpió en La Moneda y se había ganado el mérito de “rematar al Tirano” (textual) con un balazo en la sien... Después de que sorprendieran al Presidente Allende, con fusil en mano, en un corredor del segundo piso de La Moneda. Y no en su despacho presidencial, como después se dijo.

Pero para prueba de su acción, Riveros Valderrama le señaló a su detenido y a los dos compañeros de la Corfo que

lo acompañaban en dirección a su trabajo (fábrica de Socometal en Renca) que el reloj que portaba en su muñeca era el de Allende y lo había recibido como recompensa por su “valerosa” acción. Constituyéndose en un verdadero trofeo de guerra, según el mismo les señalara.

Felizmente, no hubo paredón y los detenidos recobraron su libertad bajo otra retahíla de insultos y amenazas, pero el natural miedo que les provocó tal situación a los detenidos explica que solo después de muchos años, Guerrero se animara a entregar su versión y me honrara a mí para entregar tal primicia.

Lo que narra hasta hoy el ingeniero Robinson Guerrero, en cuanto a que Allende habría sido realmente asesinado por este Comando, coincide, por lo demás, con las versiones que en Estados Unidos entregaran el capitán Armando Fernández Laríos y el fiscal norteamericano Eugene Propper, poco después de Golpe Militar. Con lo que se explica, también, que Enrique París, uno de los amigos y médicos de Allende que fuera detenido y asesinado en La Moneda haya gritado a la salida del palacio presidencial que el Presidente había sido asesinado. “Mataron al Presidente Allende”, se le escuchó decir a viva voz, mientras era conducido como prisionero al Estadio Chile, según entiendo fue su paradero final. Ya que por largos años fue un “detenido desaparecido”.

En este sentido, me parece mucho más plausible atender el testimonio del doctor París que la sentencia del también médico Patricio Guijón, quien curiosamente escapó con vida de La Moneda, aunque se lo obligó a permanecer en Chile durante la larga dictadura... Quizás en mérito de ha-

ber acreditado la idea del suicidio, luego de ser detenido por los asaltantes del Palacio. Algo muy extraño, por supuesto.

De lo que no hay duda alguna es que las características físicas del presunto asesino Riveros Valderrama coincide con exactitud con las entregadas por el ingeniero Guerrero. Un militar que siguió sin contratiempos su carrera castrense y luego se integrara a los servicios secretos de Pinochet justamente en la brigada Lautaro de la DINA, bajo el seudónimo o “chapa” de *Juan Williams Rose*, con el cual se desempeñó en las siniestras acciones criminales de la “Calle Conferencia” y de la “Operación Cóndor”.

Así como tampoco existe duda de que entre las pertenencias del Presidente Allende reconocidas por los militares no haya aparecido su reloj pulsera. Como tampoco en su exhumación se pudieran encontrar los restos óseos que acreditarían el balazo recibido por la sien y que le destapo el cerebro. Aunque después sus captores hayan realizado el montaje del suicidio que terminó por destruir y esparcir su masa encefálica por toda la habitación en que instalaron su cadáver.

Aunque, sin duda, lo más extraño de todo es que un militar confeso ante varios testigos no haya sido requerido judicialmente por su testimonio. Por lo que se sabe vive su ancianidad sin mayores inconvenientes en su casa, en un plácido sector residencial de la Capital. De verdad es que después de la entrevista que difundí con el ingeniero Guerrero nos pareció que el juez Carroza, quien lleva varias indagaciones sobre violaciones a los Derechos Humanos, procedería a tomarnos alguna declaración al respecto. Lo que ciertamente no ha ocurrido hasta hoy, pese a que ha-

blamos con un conocido abogado para que le ofreciera al juez nuestros testimonios.

A esta altura parece quedar claro que la versión oficial sobre el suicidio de Salvador Allende es la que más le convino a los militares golpistas. No hay duda que la oposición internacional al régimen castrense habría sido mucho más drástica en caso de que se hubiese demostrado que éste había sido realmente asesinado. Con los años, muchos hemos llegado a entender que esta “mentira oficial” es la que más le convino a los conspiradores y a los que por años buscaron justificar la legitimidad del alzamiento militar, aunque “sin justificar sus crímenes”, como se empeñaban después en aclarar. Así como hasta hoy le acomoda a los que negociaron con los militares la llamada Transición a la Democracia, nombraron a Pinochet como senador Vitalicio y lo salvaron más adelante de una condena en un Tribunal Internacional. Al tiempo que ingresaban a La Moneda y al Parlamento en connivencia con derechistas y empresarios. Jurando siempre respetar la Constitución de 1980 y la institucionalidad legada hasta hoy por el Dictador.

Robinson Guerrero fue también a atestiguar su ingrata experiencia a la Comisión sobre Prisión y Tortura, presidida por el obispo Valech, pero allí solo se limitaron a señalarle que, después de todo, había tenido la suerte de quedar libre y que el mal rato no constituía propiamente un acto de tortura.

–Pero si yo vine a dar cuenta de lo que dijo mi captor sobre la muerte del Presidente Allende, les dijo.

Pero ese asunto no era de la incumbencia de esta Comisión.

(A modo de epílogo)
Donde gobernar es obedecer

Creo oportuno referirme a una experiencia que enfrenté hace algunos años en el estado mexicano de Chiapas y del cual di cuenta en Radio Universidad de Chile. Lo hago a modo de epílogo para estas crónicas anteriores inéditas.

Durante cinco días el salón de actos permaneció repleto y en todas estas jornadas estuvo presente el subcomandante Marcos como el cuerpo de comandantes y comandantas del Ejército Zapatista. Más de tres mil personas provenientes de todo México y de los más diversos países del mundo concurren, hace unos años, al Festival de la Digna Rabia convocada por este movimiento insurgente en la bellísima ciudad de San Cristóbal de las Casas, en la provincia de Chiapas.

En la sede de la Universidad de la Tierra hubo que habilitar muchas salas para que los concurrentes pudieran escuchar por circuito cerrado cerca de un centenar de con-

tudentes testimonios sobre el fracaso de los modelos neoliberales en el mundo desarrollado y, por cierto, de las naciones de notable rezago y pobreza. En centenares de carpas e improvisados albergues permanecieron una gran cantidad de jóvenes atraídos por la convocatoria y que se interrelacionaron en los más distintos idiomas, incluidas las más de cincuenta lenguas indígenas que ofrece la diversidad cultural mexicana y regional. Entre ellas, nuestro mapudungún.

En un balance desolador se concluye que el capitalismo salvaje, las privatizaciones y la desregulación estatal han ahondado las inequidades y provocado los desequilibrios ambientales que ya producen estragos en el clima y la vida del planeta. Al mismo tiempo que los gobiernos han acentuado su poder represivo y los políticos pierden credibilidad y legitimidad en prácticamente todos los países. Aunque Marcos y los comandantes del EZLN hablaron preferentemente para contrastar esta situación con lo que ocurre en las zonas liberadas de Chiapas, éstos también tomaron la palabra para aludir al levantamiento juvenil y popular griego, después de que un estudiante fuera ultimado por la policía. Además, por supuesto, de expresar la solidaridad con la lucha de resistencia palestina. A las dos muchachas griegas que se refirieron a lo que acontecía por ese tiempo en su país, Marcos les obsequió un cuadro de la pintora chilena Beatriz Castedo (hija de nuestro historiador), quien se ha convertido en la principal artista plástica de la selva lacandona y de los coloridos pueblos y ciudades del extendido estado de Chiapas, luego que decidiera residir en San Cristóbal de las Casas.

El Festival de la Digna Rabia coincidió con el décimo quinto aniversario del levantamiento zapatista, cuando miles de indígenas irrumpieron en la plaza principal de la ciudad para denunciar ante México y el mundo las horribles formas de explotación que padecían. Un alzamiento que coincidió con la puesta en vigencia del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá y que en todo este tiempo ha probado tantas desventajas para México. Tanto es así como que, después de haber sido un gran exportador de alimentos, hoy depende dramáticamente del exterior en más de un cincuenta por ciento de todo lo que consume. Años en que ha acentuado su dependencia respecto de su poderoso vecino, así como del criminal negocio del narcotráfico que compite con el petróleo en la obtención de divisas y siembra la muerte ya casi en todo el territorio. Especialmente en el norte del país, desde donde salen a buscar mejores horizontes más de quinientos mil mexicanos al año. A veces con la trágica suerte de ser asesinados o encarcelados por las fuerzas fronterizas estadounidenses encargadas de aplacar la migración.

En el lúgubre panorama mundial que se expuso en este evento, el propio líder zapatista visualizó una luz de esperanza liberadora no sólo para su país, sino para muchas naciones, especialmente de nuestro continente. De hecho, aludió en varias oportunidades a los procesos políticos de Bolivia y Ecuador, aunque expresó su deseo de que éstos no cedan al caudillismo de sus dirigentes y se divorcien de lo que para él parece fundamental: la consolidación de una

democracia participativa, en que los pueblos sean los que impongan sus decisiones a quienes los representen. “Gobernar obedeciendo” fue la idea fuerza expresada en todo el Festival y que marca las diferencias del zapatismo con la izquierda tradicional mexicana.

Reconociendo los méritos de Fidel Castro (a quien valoró como uno de los líderes políticos más colosales del último siglo), el Subcomandante Marcos se juega por los procesos revolucionarios surgidos desde la base y en que los jefes “recojan línea en vez de bajarla”. En su cosmovisión política, sin embargo, reconoce la necesidad de sacudirse de todo dogmatismo y respetar la autonomía y particularidad de cada proceso de redención social. Asimismo, y reconociendo el aporte fundamental del marxismo, el discurso de Marcos puso énfasis más en el concepto de solidaridad que en el de conflicto. De esta forma es que su organización armada se propone la autodefensa de las cinco áreas geográficas y políticas liberadas por el zapatismo, que hasta hace unos años se conocían como “aguascalientes” y que hoy se identifican como “caracoles”. Allí viven miles de familias indígenas agrupadas por su identidad étnica y que pueblan todo el estado de Chiapas; es decir las comunidades tojolabales, tzeltales, mames, choles, tzotziles y zoques. Denominaciones que vivieron en el conflicto azuzado por los colonizadores, las capillas religiosas y los agentes del estado y que hoy se reconocen en sus comunes derechos como en una policromía cultural fascinante después de sufrir cinco siglos de dominación.

Justamente a menos de una hora de San Cristóbal de la Casas tuvimos la oportunidad de conocer el caracol de Oventik y quedar asombrados ante el progreso experimentando en menos de una década de autogobierno, trabajo solidario y desarrollo educacional de quienes pertenecían seguramente a una de las zonas más atrasadas de la Tierra y sitiada por la desnutrición, el analfabetismo y la represión. Acogidos por el “Buen Gobierno” de este Caracol (como se autodenomina en todos los asentamientos zapatistas), nos ilustramos acerca de la organización política de la entidad que se funda en la elección de un amplio equipo dirigente que renueva sus voceros prácticamente todos los meses a fin de evitar toda forma de corrupción y comprometer a todos en las gestiones ejecutivas. Comprobamos, asimismo, que la paridad de género se logra mejor que en muchos otros gobiernos del mundo y nos sorprendió la incorporación, incluso, de los menores de edad en las tareas de gobierno.

Destaca particularmente el hecho la renuncia de estas comunidades a percibir cualquier aporte del estado mexicano, de tal manera que todos los ingresos para su mantenimiento y desarrollo provengan fundamentalmente de su propio trabajo agrícola, fabricación y comercialización de artesanía, como la recepción de recursos solidarios de fundaciones y personas de cualquier parte del mundo. También, pudimos comprobar el avance de ésta y otras comunidades indígenas en la consolidación de sus propios sistemas de Justicia, donde los delitos se juzgan y penan según sus propios códigos de uso y costumbres ancestrales. De tal manera que los

diferendos se tratan de resolver, primero, con un eficiente sistema de mediación entre las partes, las condenas prefieren el trabajo comunitario y el cumplimiento de la misma se propone el objetivo de rehabilitar plenamente al reo.

Pero lo que resulta más tangible es el progreso material de estas comunidades. La construcción y sostenimiento de escuelas primarias para los niños, como la implementación de actividades de perfeccionamiento laboral para los adultos. La existencia de un centro de salud que podría ser la envidia de muchos policlínicos u hospitales en cualquier país de la Región. Nuestra visita coincidió con la de una doctora norteamericana de la famosa Clínica Mayo que anunció la donación de valiosos equipos médicos para los caracoles. En Oventik pudimos observar los cimientos de lo que será una primera escuela secundaria, dado de que ya muchos niños completaron su formación básica.

El contraste de lo que sucede en un caracol como éste es brutal si se tiene oportunidad de visitar también aquellas localidades que se mantienen bajo la administración de los municipios estatales. Impactante nos resultó llegar hasta el pueblo Juan Chamula, desde donde fueron arrojados, hace quince años, miles de pobladores zapatistas hacia San Cristóbal de la Casas, siendo acogidos entre otros, por el obispo católico Samuel Ruiz. Pastor ya retirado y que jugó un papel tan importante en consolidar la paz y reclamar el respeto a los derechos humanos de los indígenas. Bajo el gobierno de caciques corruptos y amparados por las autoridades priístas de la entidad, uno se enfrenta aquí con el real infierno de la miseria, el imperio de los carteles locales de la droga y el

alcohol. Miles de mendigos que imploran caridad a los turistas y otros centenares de indios que claman en la catedral el favor de una infinidad de santos apostados en imágenes a lo largo de todo el Templo. Un sincretismo religioso que maravilla a muchos extranjeros, pero que repugna la conciencia y desnuda las escandalosas complicidades del negocio de la religión, la política y los privilegios del cacicazgo local. Y que, al menos en ese domingo que estuvimos allí, se apostaban en medio de la plaza principal vestidos con majestuosas túnicas blancas de espléndidos y coloridos bordados, bebiendo incesantemente hasta desplomarse.

Con parábolas, ironías, cuentos y mucho humor, Marcos manifiesta orgullo por lo acontecido en los caracoles y se muestra más que optimista en que la crisis económica mundial, la descomposición de los partidos y el hastío popular explican el éxito de la cruzada emprendida por el zapatismo en todo México y que se conoce como “la otra campaña”. Una enorme movilización de activistas por todo el país para conocer las diferentes realidades de los 32 estados, sembrar conciencia, consolidar organización y formas de rebelión. Definitivamente, el Zapatismo ha renunciado completamente a la vía electoral y se ofrece como alternativa a cientos de miles de militantes izquierdistas decepcionados de sus dirigentes y organizaciones tradicionales. En la estrategia más lenta, pero posiblemente más segura, de ampliar espacios donde practicar con el ejemplo eso de que “otro mundo es posible”. Si se construye desde la experiencia concreta, la concertación de los oprimidos y la resistencia al orden intrínsecamente perverso del capitalismo.

